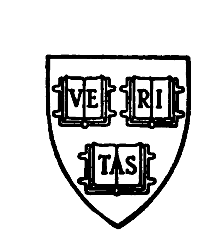

WIDENER
HN QZKT L


VE RI
TAS



LUIS RODRÍGUEZ-EMBIL

1449

GIL LUNA, ARTISTA



MADRID
M. PÉREZ VILLAVICENCIO, EDITOR
REINA, NÚM. 33
1908

LUIS RODRÍGUEZ-EMBIL

GIL LUNA, ARTISTA



MADRID
M. PÉREZ VILLAVICENCIO, EDITOR
REINA, NÚM. 33
1908

GIL LUNA, ARTISTA

Tipografía de Archivos.

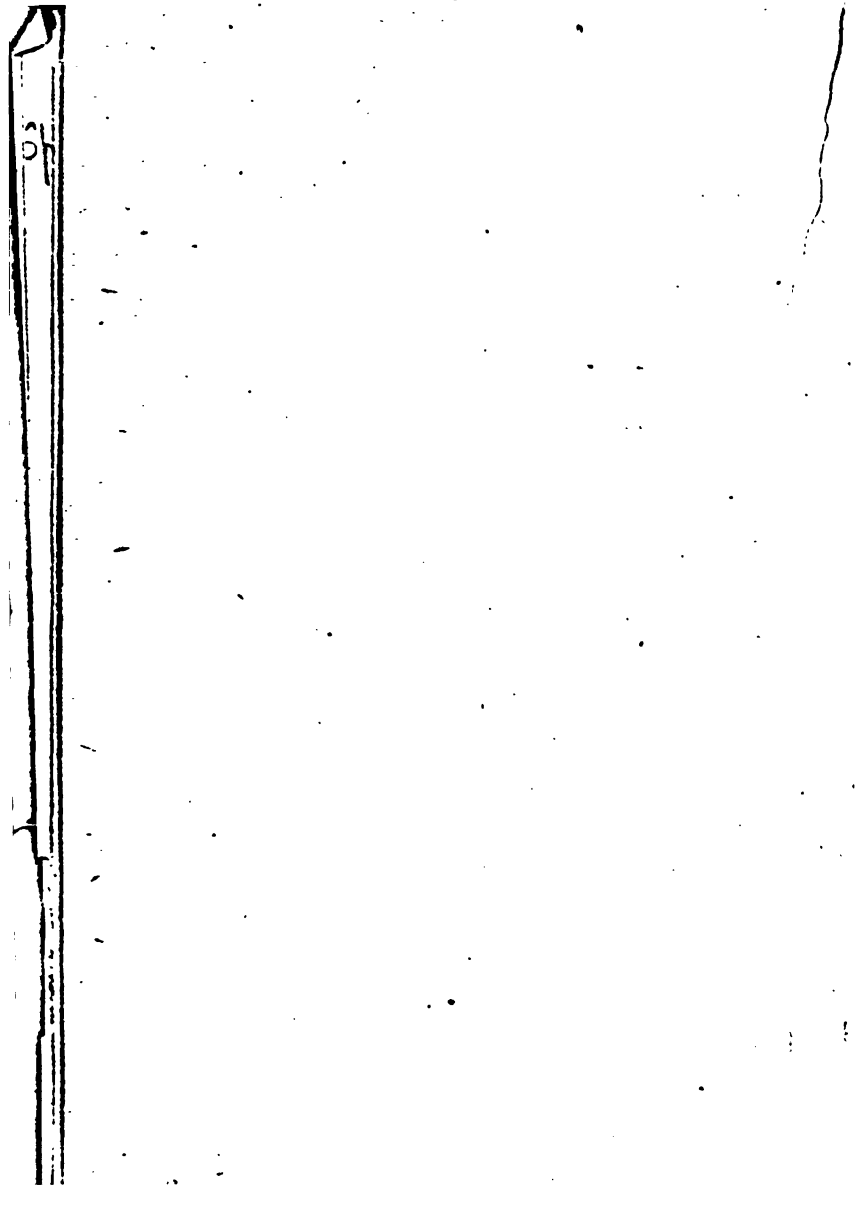
EPÍLOGO BREVE

Hace algunos meses, recorriendo distraídamente las columnas de un periódico, tropezaron mis ojos con una noticia que detuvo mi mirada errante. Tratábase del crimen de un joven artista, quien había dado muerte á su mujer, por celos. El pobre criminal, según el periódico, seguía amando locamente á su víctima, después de muerta; la desesperación de aquél, en el calabozo donde se hallaba encerrado, era indescriptible. No sé por qué hubo de impresionarme tanto esta noticia y producirme tal compasión, mezclada con tan viva curiosidad de conocer el sombrío drama desarrollado en el alma del escultor amante y homicida, que llegué, sin haber pasado nunca—y quiera mi Destino que no haya de pasar jamás — por ninguna de sus trágicas experiencias, á tratar de reconstruir aquel drama en mi imaginación.

De aquella impresión y este deseo es fruto lo que va á leerse. Mi probidad artística y mi lealtad de hombre me impulsan á declararlo, y á declarar asimismo que ignoro si los celos del escultor eran ó no fundados. Una vez puesta mi imaginación á su tarea, aprovechó, para la reconstrucción de la tragedia, todos los materiales que le parecieron más apropiados á su objeto, con la libertad ilimitada que sólo ella posee. Y como si no fuera mi mano sino el instrumento dócil del propio héroe, y corriese impulsada por una telepatía imprevista, trazó el relato en forma autobiográfica.

Puede, pues, leerse lo escrito—en lo esencial al menos—como la propia confesión de aquel espíritu atormentado y digno de piedad. Yo he sido tan sólo el instrumento inconsciente de su expresión, su vehículo intuitivo y casi el espectador conmovido de su tragedia. Y al dar á luz esta narración lamentosa, y acaso no del todo estéril, he querido hacer constar esta humilde parte que en ella me corresponde, y enviar á las almas de sus actores sin ventura lo único y acaso lo mejor que á un alma en tribulación puede enviarse: mi sincero deseo de Paz.

GIL LUNA, ARTISTA



I

. . . .

Quiero escribir la historia de mi amor, hoy que ha terminado definitivamente todo. Quisiera escribirla con la propia sangre de mis venas, con los propios humores de todas mis vísceras mezclados á la substancia gris de mi pobre cerebro, en cuyo interior siento á ratos que la razón vacila y huye espantada de la lucha silenciosa y atroz que allí dentro se libra. Y quisiera que pudieran sacar alguna enseñanza de estas líneas, una advertencia trágica, los que tengan la dicha de no haber amado todavía. Quisiera, pero presiento que será vano mi deseo. Otros después que yo amarán, padecerán, como yo he amado y padecido; y mientras el ilusorio *yo* individual domine en nosotros al *Yo* divino y su-

premo, seremos fatalmente víctimas y verdugos de nosotros mismos.

Yo he matado á una mujer que adoraba con idolatría infinita, que amo aún, que amo aún... Y, al hacer esta confesión terrible, no podría, con todas las palabras y los gestos que el hombre ha inventado para tratar inútilmente de llenar el abismo inmenso que le separa de cada uno de sus semejantes, no, no podría expresar hasta qué punto inconcebible alcanza la extensión de mi dolor. La he matado porque la amaba, y la amo todavía con todas mis potencias, y si no la hubiese matado y la tuviese aquí á mi lado nuevamente, estoy cierto de que cometería otra vez mi crimen. Porque la amaba la maté, hace un mes hoy; porque la amaba terminó su vida y la mía, pues hace un mes no vivo en este mundo. No, hace más tiempo que no vivo en él, sino en un infierno: desde que la *conocí*.

Quiero contar cómo cometí mi delito, aunque estalle mi cerebro, demasiado cargado, al concluir mi narración. En esta celda de la cárcel, donde me han encerrado en espera del fallo del jurado que ha de condenarme ó absolverme, no veo casi á persona viviente, ni oigo otro ruido que las conversa-

ciones que sostienen á veces, en el patio, los reclusos. Estoy solo y comprendo más claramente que nunca que solo he estado siempre; estoy solo con mi conciencia y *su* recuerdo. Y he pensado escribir esto, lo repito, por si puede servir de lección á algún hermano mío de Humanidad, y para forjarme la ilusión engañosa de compartir con alguien este enorme caudal de dolor, siempre renovado, que pesa sobre mí con un peso homicida.

Hace menos de año y medio era yo relativamente feliz... ¿Era feliz? En realidad no lo sé. Se me figura que no vivía entonces, que no he vivido sino desde esa fecha en que comenzó mi pasión. El resto de mi vida, los treinta y dos años anteriores, se me aparecen hoy como envueltos en una niebla descolorida, vaga... Mi vida fué ella. Mi vida y mi muerte. En este año y medio he apurado todos los goces y todos los dolores que puede experimentar un espíritu humano, he ascendido al breve cielo de la dicha y he descendido á lo más recóndito de la *Gehenna* infernal.

Yo buscaba mi ideal y creí hallarlo al hallarla á ella; creí hallarlo realizado por milagro divino. Hoy me río á solas de mi error;

y mi risa resuena y repercute en las paredes desnudas y frías, como la risa espantosa de un condenado.

Pero que se ponga en mi caso quien sea humano y tenga un ideal de mujer, cualquiera que sea, y durante treinta interminables años lo haya estado buscando en vano al través del vasto mundo indiferente. Que se ponga en mi caso, y me comprenderá tal vez. Yo creí hallarlo, digo mal, lo hallé físicamente; mi culpa sin perdón fué atribuirle todas las perfecciones morales que yo pensaba firmememnt que habrían de acompañar las perfecciones físicas. Bien caro pagué mi equivocación. Mi única disculpa es que estaba ciego. Y, ¿quién no lo hubiera estado en mi caso, y habiéndose enamorado como yo me enamoré?

Describirla á ella sería inútil, aparte de que me sería imposible. A pesar de mi deseo de decirlo todo, de poner al desnudo mi alma, siento que me falta valor para evocarla en todos sus detalles en el papel tal como se alza perpetuamente, implacablemente en mi imaginación atormentada. No diré siquiera si era bella ó fea: era mi ideal. ¿Comprendéis? Mi ideal hecho carne y sangre y nervios. Si os sonreís al leer esto, es inútil que sigáis leyendo: no me comprenderíais.

¡Y á los treinta y dos años! Cuando ya se conocen, más ó menos, á la mujer y la existencia; cuando creemos ya haber amado, gozado y padecido, después de haber ido viendo caer unos tras otros los velos que ocultan á los ojos inexpertos las desnudeces, míseras ó radiantes, de la vida... ¡Cuán dignos de lástima somos pensando que tenemos experiencia, que estamos á prueba de desencantos y amarguras por haber desflorado apenas la decepción ó la tristeza! Jamás tenemos experiencia verdadera; somos unos eternos niños desamparados, y á merced de la primera ráfaga de aire, de amargura ó de amor...

En mis pulmones penetró la ráfaga fatal al conocerla; me enamoré en seguida, y aspiré aquella ráfaga intoxicadora con voluptuosidad inefable, y así entró ella en mi sangre para siempre, para siempre... Desde aquel día en que la vi por primera vez en coche en el paseo, no hubo paz para mí en este mundo, ni pensamiento que hacia ella no se encaminase como hacia su único norte, ni palpitación en mi cuerpo y en mi alma que no fuese un homenaje á ella.

A los dos días le fuí presentado en una *tómbola* de beneficencia aristocrática, una de esas diversiones anodinas é hipócritas en que

las más banales pasiones de nuestro egoísmo se cubren con un manto altruísta. Aquel día fatal y perdurablemente recordado en que por vez primera hablé con ella, es uno de los más sutiles tormentos de mi mente. Cada una de las vulgares palabras que con ella cruzara quedó grabada, como incrustada en mi memoria, quedó resonando en ella con la armonía gloriosa de un *hossánna*. Y el gesto con que alzaba ella hacia mí la frente para escuchar mis frases, y la incomparable euritmia de su mano al recoger el vestido, y su paso único, y su mirar único, el cual parecía iluminar las cosas que acariciaba con un resplandor nuevo... ¡Oh, qué loco estaba, qué loco estoy, Dios mío!

Mi memoria, como un pájaro inquieto y asustado, salta de una á otra rama del árbol ígneo del Recuerdo, abrasándose las alas trémulas... No puedo referir, con el detenimiento con que querría hacerlo, todos los detalles de mi tragedia. Sangra mi corazón por todas partes, apuñaleado sin piedad... Porque esta breve parte de mi amor, en que yo gocé todas las fugaces y divinas venturas del idilio, es la que necesito hacerme más terrible violencia para relatarla sin que la pluma se resista á hacerlo.

La hice una corte apasionada, asidua. Tenía yo casi todo el tiempo libre, y nada en qué pensar sino ella. Algunas obras mías, expuestas en el Salón de primavera dos años antes (había olvidado decir que soy—que era—escultor), habían sorprendido y asombrado á la crítica, entusiasmado á varios *amateurs*, que las adquirieron á altísimos precios, y hecho mi reputación y mi fortuna de un golpe. A la sazón preparaba un cuadro para el año siguiente; pero no siéndome necesario dinero y habiendo perdido súbitamente el gusto á los pinceles, que habían sido hasta allí mi amor supremo, me dediqué con todo el fuego de mi temperamento á este nuevo amor definitivo que había entrado como una inundación en mi alma.

¡Pobre arte mío, á quien fuí traidor por una pasión humana! ¡A él siempre fiel, siempre consolador y amoroso! Acaso mi castigo mayor haya sido el haber perdido hasta el amor suyo, el consuelo divino que en todas mis tribulaciones me daba.

Todo, todo lo hundió la inundación aquella. Perdí poco á poco el placer de charlar con los amigos, el íntimo y sublime placer de fecundar mi ensueño, de crear en la piedra, de dar vida á las criaturas de mi imagina-

ción; el ansia inmaterial de la gloria, todo, todo... Durante los meses en que fuí pretendiente, la vista de ella, el deseo de verla, la emoción sin nombre de haberla visto, la trepidante emoción de evocarla, llenaron por completo mi vida.

Largas horas he aguardado inmóvil en un sitio su paso, inútilmente á veces, con la sola y frágil esperanza de verla, por haberla visto en otras ocasiones pasar por allí. Asistía á todas partes con el solo objeto de cerciorarme de si estaba ella, y, en caso de no estar, me retiraba inmediatamente. No podía parar en casa; salía y recorría las calles sin objeto ni plan determinado, y siempre, siempre, fuese por donde fuese, sentía como una vaga esperanza de hallarla al volver una esquina. Al distinguir de lejos una figura elegante y graciosa, un sombrero aun remotamente semejante al suyo, el borde de un vestido parecido al último que ella llevaba puesto, apresuraba yo el paso, palpitante de emoción é impaciencia, para encontrar una decepción más... Veinte veces al día pasaba por frente á los balcones de su casa, y otras tantas se me encogía el corazón de angustia al mirarlos cerrados...

Así pasé cerca de dos semanas sin término.

Un día, al cabo, recibí una invitación para un *five o'clock tea*, y sin saber por qué, sin el menor motivo aparente, mi corazón saltó de loco gozo: *ella* iría. Me lo dijo bien claro el espanto jubiloso de mi espíritu.

...Y, en efecto, fué. Aquella vez pudimos hablar más largamente, y con libertad y aislamiento relativos. Las palabras que cambiamos fueron sin importancia: no le hablé de mi amor; le hablé de ella, del baile, de su traje de ella, de sus gustos... Y una alegría triunfal me arrebataba como en alas de un sueño de dicha al notar su atención risueña á mis palabras, al ver sus ojos grandes, grandes, posados en mis ojos como dos vislumbres de gloria, al sentir caer las perlas de su risa, excitada por mi pobre ingenio, sobre mi corazón que las guardaba con avaricia inmensa...

Me habló de mis obras, que conocía por la fama... Y nunca elogio alguno de mis propios compañeros, sacerdotes de belleza que medían grano á grano el valor de una obra, exaltara mi orgullo creador como las palabras graciosamente frívolas de aquellos labios rojos y frescos que ignoraban absolutamente la santidad augusta de la palabra Arte.

Todas las frases que ellos pronunciaban tenían para mí un valor enorme, trascendental... Yo la miraba, la miraba... No, nunca había visto mujer semejante. Y no es que fuese la más bella de las mujeres; es que era sola, diferente á todas, *única;* es que era *ella*, ella la que yo buscaba, desesperado ya casi de encontrarla. Debo declarar, para que sea posible comprenderme, que jamás me he sentido enamorado de lo que se llama «una mujer hermosa»; y que lo que cautiva más mis sentidos y mi corazón no es, por lo general, la belleza de las facciones, ni siquiera la corrección de líneas, sino lo que pudiéramos llamar *el gesto*. Esto es también lo que he luchado siempre por aprisionar en mis obras. Creo que cada uno de nosotros tiene su *gesto* innato, que lo distingue y lo sella desde su nacimiento, que le hace un ser aparte y distinto, y que es (así al menos pensaba yo entonces) como el índice y resumen visible de su ser interno. Y el gesto de suprema elegancia y de gracia, á la vez ingenua y sabia, de mi amada, era para mí, sin el menor vislumbre de duda, el reflejo de una grande y bella alma de mujer, múltiple y honda, exquisitamente sensible, fina y vibrante como un arpa, ardiente y pura como una flor de Mayo.

Aquella tarde ¡ay de mí! me separé de ella completa, íntimamente persuadido de esta verdad. ¡Y apenas hablé algunas frases con ella! ¡Y creía *conocerla!* ¡Conocerla!...

Había sido presentado aquella misma tarde á sus padres, é invitado por éstos á visitar la casa en los días de recibo. Tenía una ocasión más de verla, de tratarla, de escucharla, de aspirar, en el baile, el tenue aroma de su cabellera, de sentir bañado mi espíritu por la armonía sin par de sus movimientos, de su cuello al inclinarse leve, de su sonrisa infantil é inquietante á la par, de su paso ligero y alado como una estrofa de Boccacio.

¡Qué días aquéllos, breves, vertiginosamente breves! ¡Qué días aquéllos, en que mi alma fué saboreando lentamente, paladeándolas, todas las delicias, todas las íntimas angustias, todas las embriagantes inquietudes de la pasión creciente! Días luminosos, acaso los únicos felices que he gozado, y que me hacen recordar hoy, en el fondo de la sima de desesperación, donde me hundo más cada día, la acerba verdad de los sombríos versos de Dante:

... Non c' è maggior dolore
che ricordarsi del tempo felice
nella disgrazia...

II

Comencé á visitar la casa de mi amada, más asiduamente cada vez. Los demás pretendientes de ella, más ó menos tímidos ó indiferentes, comenzaron poco á poco, discretamente, á retirarse ante las veladas atenciones que ella parecía tener conmigo. Y comenzó ese período de miradas fugaces, de fugaces apretones de manos, de citas tácitas, de *apartes*, de distinciones que animan, y súbitos cambios que abaten ó sublevan, ese período que es como el prólogo, en sociedad, del drama, trágico ó burlesco, del amor.

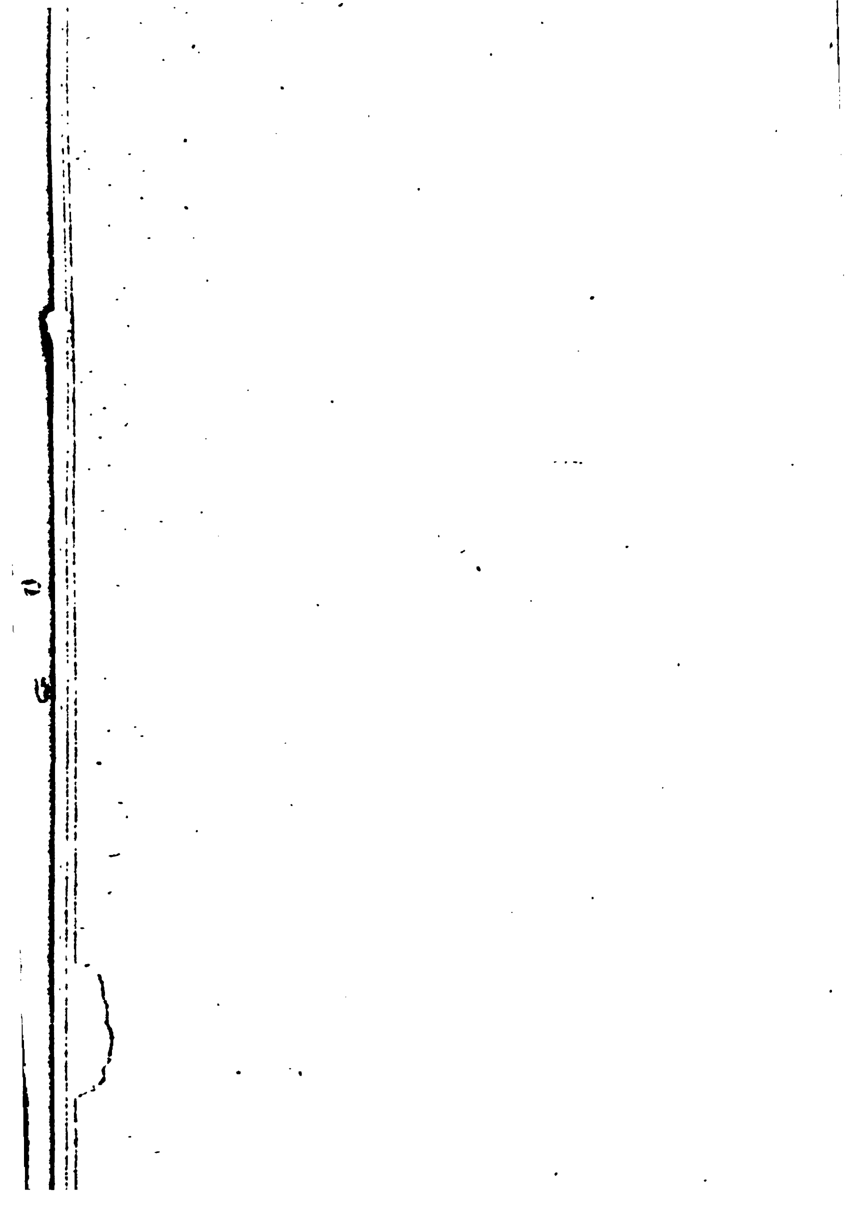
El mío crecía cada día, á cada hora. Nada me interesaba ya, nada era capaz de distraerme de mi monólogo interior, ó, más exactamente, de la eterna pregunta que á mí mismo me hacía sin cesar, y sin obtener respuesta satisfactoria:—¿me ama? ¿no me ama? En oca-

siones parecíame tener la seguridad absoluta, íntima; en otras—la mayoría—dudaba, pensaba que era yo mismo un necio presuntuoso, que ninguna importancia tenían sus muestras de agrado al conversar conmigo, señales quizás únicamente de su grande alma deseosa de sentir el Arte, la belleza, y á quien inspiraba una pasajera curiosidad mi pobre personalidad de artista á la moda. Había oído decir yo también que ella tuviera un novio, con quien había reñido al poco tiempo de relaciones, no se sabía por qué. Y sin poseer la menor idea de quién pudiera ser aquel incógnito amante, me forjé una novela inmediatamente: era natural, habían reñido porque ella, al tratarle en la intimidad de las relaciones *formales*, había sentido la incapacidad de él para *comprenderla*... era natural...

Pero yo, en la ingenua vanidad de mi amor desbordado, me creía capaz de penetrar tan adentro y con delicadeza tal y tal paciencia en el espíritu excepcional y adorablemente frágil de mi adorada, á fuerza de cariño y talento, que mi esperanza se alzaba en mi pecho al pensar en esto, potente, fiera y orgullosa como una Minerva con el espíritu de Apolo.

Pronto, sin embargo, caía en una crisis de desolación rabiosa al notar un matiz casi inapreciable, imaginario acaso, en su conducta. No había declarado abiertamente mi pasión todavía, ante el temor de un desengaño definitivo. Mi alma vivía, desde hacía ya muchas semanas, en una espera ansiosa, llena de esperanza y temor; habíase convertido en una máquina, menos aún, en un péndulo que incesantemente oscilaba de la desesperación á la esperanza: me quiere... no me quiere... La Esfinge, inmóvil é impasible. no apartaba de mí sus ojos casi humanos; me invitaba, me desafiaba con la mudez enigmática y secular de sus labios de piedra...

Y, al fin, decidí interrogarla.



III

¿Cómo explicar lo que pasó por mí aquella noche, quizá la más radiante de las noches de mi vida, más aún tal vez que la de mis bodas, pues que en aquélla conservaba intacta la belleza de la ilusión naciente? Quiero expresarlo todo, y siento que me es imposible; ¿de qué modo comunicar á otros aquello de que apenas nos hemos dado cuenta nosotros mismos?

Puedo decir que apenas supe que existía hasta después que hube salido del baile; —porque había pasado todo en un baile de etiqueta, dado no recuerdo con qué motivo ni en honor de quién: creo que ni siquiera llegué á enterarme de ello. Yo vivía en un mundo en que únicamente existíamos *ella* y yo; aquel baile era una ocasión de vernos y de hablarnos, y en cuanto lo era tenía impor-

tancia para mí: por lo demás, nada significaba.

Repito que me sería imposible relatar cuáles fueron mis emociones mientras duró el baile; es decir, mientras estuve cerca de *ella* y estuvo decidiéndose definitivamente, sin que tal vez lo sospecháramos, nuestro destino irrevocable. Recuerdo sólo que salí con el cerebro como vacío y los nervios todavía vibrantes, á semejanza de una campana que acabase de repicar desesperadamente á gloria. Parecíame llevar sobre los ojos un velo impalpable que me atenuase la visión de la realidad externa; mi cuerpo, cual si estuviese á punto de pasar al estado fluídico, debía de andar ligero y arrogante sobre el asfalto de las aceras iluminadas á trechos por la luz opaca de un farol. Las conversaciones de los amigos que junto conmigo salieron, me llegaban como de lejos, de una distancia incalculable. Sentíame incapaz de prestar atención á cosa alguna que no fuese la voz interna, inaudible para todo el mundo fuera de mí, que cantaba un aria divina dentro de mi corazón transfigurado. Y, al propio tiempo que experimentaba un deseo loco de expandir mi dicha lanzándola como el toque de un clarín celeste á los cuatro vientos, callaba

sonriente, con egoísmo refinado y un temor vano de que alguien adivinase mi secreto.

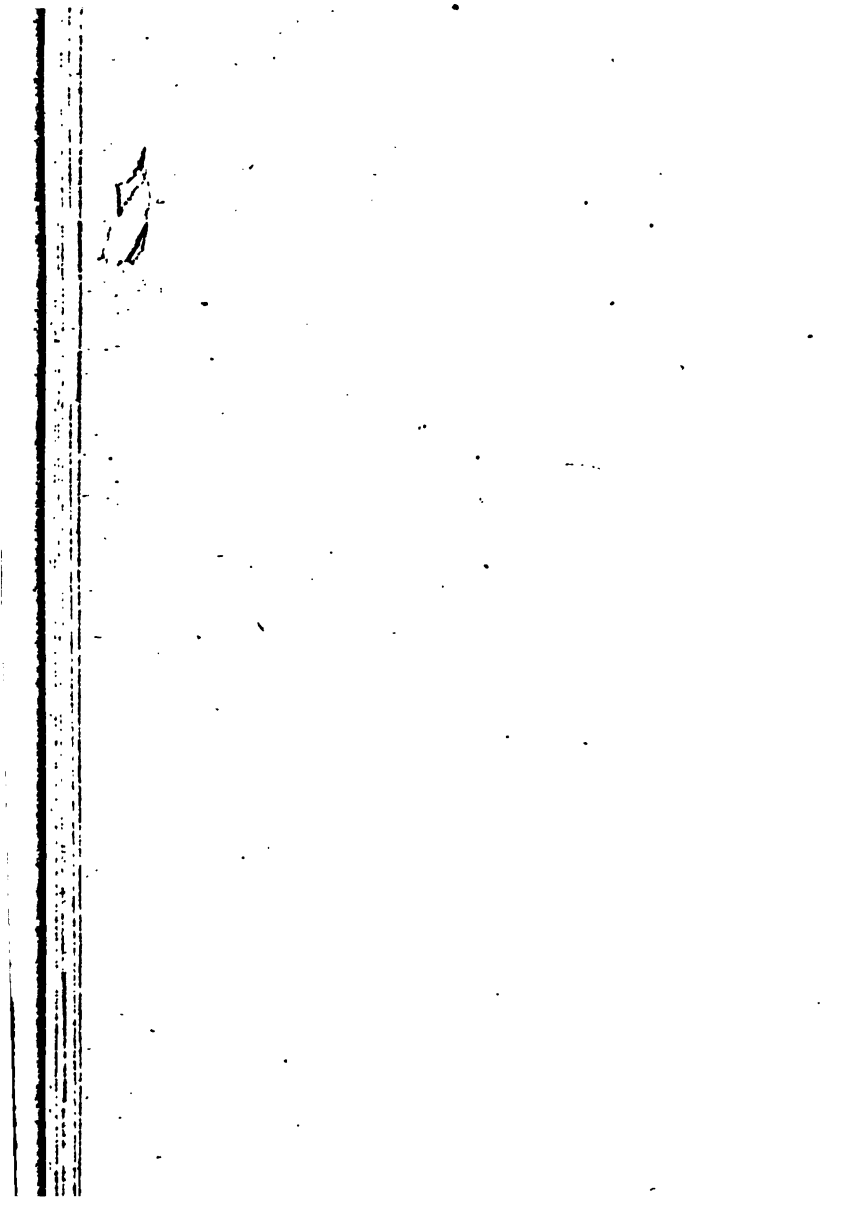
Hasta media hora después de haberme despedido de mis acompañantes, y luego que me hube sorprendido andando solo y sin rumbo por las calles desiertas, y el frío sutil de la madrugada próxima me obligara á alzarme el cuello del gabán para evitar que se cerniese al través del escote blanco de la pechera de frac el airecillo helado, no sentí ni pensé algo claramente. Una necesidad inconsciente de movimiento me empujaba al través de calles y plazas. Me detuve un instante, reconociendo el sitio en que me hallaba, como un sonámbulo que despertase de pronto. Estaba en pleno paseo público. Todo parecía dormir en derredor mío: casas, árboles, sillas, hasta las estatuas mismas, medio hundidas aún en la penumbra, mirando á sus pies, con los ojos eternamente abiertos, el eterno vaivén de la vida. Hacia el Este comenzaba á insinuarse una claridad sucia. Entonces saqué el reloj; ¡las cinco y media! Y sin sorprenderme (nada me hubiera sorprendido en aquel instante), obedeciendo antes á la fuerza de la costumbre que á deseo ni pensamiento alguno, tomé despacio el camino de mi casa.

Ahora iba reconstruyendo poco á poco la escena, con delicia emocionada, íntima: mis propias primeras palabras, provocadas, natural y casi inconscientemente, por el giro de la conversación; el rubor creciente de ella, la dulce emoción oculta que hacía ondular con afán de torcaza herida las gasas leves de su corpiño... Y aquel balbuceo suplicante con que me conjuraba á callarme, como no pudiendo resistir el efecto de mis palabras de enamorado, sinceras, ardientes, espontáneas, que iba envolviendo su alma.

Todas las fibras de mi ser palpitaban al recuerdo con una vibración vital de ternura orgullosa y viril... Seguía recordando... Más tarde, en el *buffet*, adonde fuimos juntos, volví á hablarla: había yo suplicado, casi exigido en nombre de mi amor, de mi tormento, de mi duda, una respuesta al cabo... Ella se resistía, buscaba una salida, con la instintiva tendencia de toda mujer, en casos decisivos, á encontrar evasivas, demoras... Yo insistía implorante, entre risueño y triste... Y, por último, la respuesta favorable de ella, casi al final del baile, casi inaudible, trémula y divinamente sonora á pesar de todo, como el coro de todos los ángeles del Paraíso...



Volví en mí de nuevo. Estaba ya cerca de mi casa. Era ya casi claro. En la esquina un dependiente, en mangas de camisa, bostezaba abriendo la puerta de un establecimiento. Pasó un lechero, lento y tozudo sobre su caballo, canturreando entre dientes. Despertado bruscamente de mi sueño de oro, sentí como una ofensa la vulgaridad de la vida diaria que volvía á entrárseme forzosamente por los sentidos. Pensé: subir, cambiarme de ropa, desayunarme, volver á salir... Y pensaba en todo esto como en cosas lejanas, casi inverosímiles. Y mientras buscaba el llavín en el gabán, de pie frente á la casa aún cerrada, sentí lo que ahora, con intensidad extraordinaria y mucho más dramática, vuelvo á sentir en mí: el contraste brutal, fatal, indispensable entre lo de adentro y lo de afuera, entre la materia que exige y el alma que lucha y cede, entre la Realidad y el Sueño...



IV

Como un sueño fué para mí el período de noviazgo y el de bodas que siguieron á aquella noche; un sueño interrumpido tan sólo por la necesidad de hacer los preparativos, según se iba acercando la fecha de nuestro matrimonio, y, ya bastante cercano éste, por una riña pasajera, sin importancia al parecer, pero que, á la luz de los acontecimientos posteriores, comprendo la tuvo grandísima para nuestra felicidad. ¡Ah, si hubiera concluído todo entonces! Mi corazón hubiese quedado hecho pedazos como ahora; pero al menos mi conciencia estaría limpia de toda mancha, y mi mente limpia también de todo mal pensamiento, de este desprecio rencoroso hacia la humanidad que ahora le llena y ensombrece. ¡Ah, si hubiese concluído todo entonces!

En aquellos días, naturalmente, no pensaba yo así, y fueron horas de horrendas torturas las que pasé sin verla, dudando...

Me había ella referido, al pie de la letra, según afirmaba y yo creía, la historia de sus breves y, según ella, superficiales relaciones con el capitán Ruilago, su único novio. Había sido una aberración pasajera; casi en seguida había ella caído en la cuenta de que no le amaba ni le había amado nunca; y con noble sinceridad así se lo había dicho. Resignado y triste, él pidiera su traslado á otra guarnición, sin proferir una queja... Y se habían separado, casi amigos, casi indiferentes, y ella le había olvidado por completo en seguida, sin haber vuelto siquiera á tener noticias de él...

No habíamos vuelto á hablar de aquel asunto, como si por convenio tácito hubiésemos ambos acordado echarlo en olvido; ni volvimos á hablar hasta una noche en que estábamos solos los dos, de bruces en el balcón de su casa. Debían llegar visitas de un momento á otro. La madre de mi amada hojeaba, cerca del balcón, un periódico de modas.

Recuerdo que era una noche de estío, muy calurosa. Mi novia tenía en la mano un

abanico que yo nunca le habia visto. Se lo pedí para abanicarla con él.

— No lo conocía. ¿Lo tienes de hace poco? — murmuré distraído, tratando de tomarlo.

Ella pareció sorprenderse. Se fijó por primera vez en el abanico, que mantenía cerrado en la manita. Y me miró en seguida, con su mirada enigmática, que me atraía siempre con la fascinación vertiginosa de un abismo.

—Lo tomé al azar de entre los otros... ¿No lo conoces?—me respondió sin soltarlo.

Y añadió riendo:

—Es muy feo, no lo mires, no quiero que lo veas.

Pero mi curiosidad, excitada por un raro y confuso presentimiento, se obstinaba en abrir el abanico. Supliqué risueño, humilde, y poco á poco celoso, sin saber de qué...

— Pues míralo — me dijo por fin ella algo impaciente, á lo que pude observar, pero tratando de sonreir—. No había querido enseñártelo porque sé lo celoso que eres, sin motivo. Me lo dió mi primer novio. Creía haberlo extraviado, y esta noche, por casualidad, lo encontré entre los otros, como te he dicho, y sin fijarme lo tomé... Ahora he re-

cordado de pronto que es éste el que él me dió, y por eso vacilaba en dártelo. Pero tómalo, tómalo si lo quieres...

Yo la observaba en silencio, serio, con mirada dura acaso, pues creí ver por un segundo pasar al través de la de ella una ráfaga casi imperceptible de ira, de despecho ó de pasión. Lo recuerdo bien ahora; pero ¡ay! ahora recuerdo muchas cosas en que en su sazón creía no fijarme; y una de estas cosas es aquel enigma eterno de su mirada...

—¿No me crees?—suspiró.

—No me engañes nunca—respondí sin responder.

—Nunca te he engañado—repuso ella con voz contenida.

—Te creo, porque sería tan terrible lo contrario para los dos...

—Si dudas de mí en lo más mínimo—pronunció con el semblante obscurecido—mejor es que me lo digas antes que nos casemos.

Yo, cobarde, temblé.

—Perdona. ¿No ves que es que te quiero como un loco? Si hasta el aire me da celos. Y al pensar en la procedencia de ese abanico... me quema las manos el tocarlo.

—¿Me quieres de veras?—musitó ella, clavándome en la frente las dos llamas de sus ojos entornados, amorosos.

—Como un loco, ya te lo he dicho.

—Pues entonces cree en mí.

—Sí creo, vida mía.

—Cree en mí: á ti nada más quiero.

Llegaban las visitas. Yo iba á pedirla que me hiciese entrega del abanico para destruirlo. Pero no tuve tiempo. Hubimos de separarnos del balcón, de volver á la sala á saludar á los recién llegados.

Ella salió al vestíbulo, á acompañar á unas amigas á quitarse los sombreros. Y cuando volvió en compañía de aquéllas, en sus manecitas lucía un abanico nuevo.

En cuanto pude hablarla de nuevo á solas aquella noche, le pregunté haciendo por sonreir, señalando al nuevo abanico:

—¿Y el otro?

—¡Oh, qué impertinente!..

Sin volver á pronunciar palabra, herido, furioso, desesperado, me despedí, decidido á romper al día siguiente en una carta. Pasé una noche de tormento. Por la mañana tomé la pluma, escribí:

«No he amanecido bien. ¿Qué fué del abanico? Te adoro.»

Me contestó:

«No dejes de venir esta noche.»

Fuí; me recibió como siempre. Yo, por dignidad, no hablé del lindo é inútil artefacto que durante horas fuera mi verdugo...

Al cabo, como si de pronto se acordara:

— Adivina — me dijo ella alegremente — quién tiene el abanico de ayer.

— ¿Quién? — pregunté, queriendo fingirme tranquilo.

—Mi doncella. Se lo regalé anoche mismo. ¿Te parece bien?

Y yo, vencido, libertado de un peso, feliz, enamorado, ciego, le di las gracias en una sonrisa de muda adoración.

. . . .

¡Ah, si hubiese sabido todo entonces!

V

Debo proseguir, aunque mi pulso tiemble á ratos, casi con convulsiones de epiléptico. Me he impuesto esta misión terrible y debo proseguirla hasta el final, cuésteme lo que me cueste. Pero al llegar á este punto de mi confesión, temo perder las fuerzas, que reúno con un esfuerzo agotador de mi voluntad, tendida hacia su objeto como un arco á punto de romperse. Este fué el período divinamente idílico de mi existencia toda; hubiera sido, creía yo profundamente que sería, el recuerdo que iluminara con luz de aurora hasta los últimos días de mi vejez. Y este Jordán de amor en el cual pensé bañar mi alma era una charca vil, contaminada, cenagosa... ¡Oh, es horrible, es horrible!

¡Qué días de júbilo, de espera ansiosa y sobrehumana, en que parecíame vivir fuera

de la tierra, por encima de la tierra, volando en alas de mi ilusión gloriosa!.. Los que os hayáis casado por amor — *por amor* — me entenderéis. Yo había llegado al apogeo de esta enfermedad misteriosa y tirana. *Ella*, mi prometida, era ya todo para mí; lo que yo experimentaba hacia ella, el resumen y cifra de todos los amores. Era tan infinito mi cariño, que me sentía capaz de ofrecer en su holocausto la vida al menor gesto de mi ídolo; y una mirada de ella, el magnético influjo de sus dedos *(cinco dedos como cinco pétalos)* al rozar los míos, hacíanme estremecer de dicha. Mis pensamientos todos, todas mis sensaciones y sentimientos, mi vida, en suma, gravitaba en derredor de sus rizos castaños. La monstruosidad de mi egoísmo amoroso llegó hasta el punto de no pensar siquiera dos minutos en la muerte de un amigo íntimo, que sucumbía de tisis en aquellos días, y á cuyo entierro no pude asistir á causa de una cita que á la misma hora tenía con mi amada. Cuanto á ella no se refiriese me era indiferente: tal es la locura egoísta en que nos hunde el amor individual, llevado al extremo á que llegara el mío.

Y siempre, siempre, lo recuerdo ahora bien, siempre hubo para mí en sus ojos aquel

velo tenue, pero obstinado, eterno, de enigma indescifrable. Era como un débil tabique que, sin embargo, separaba, con la inexorabilidad de una sima sin fondo, nuestros dos espíritus. Bien lo recuerdo, sí; y, á pesar de mi ceguera, vagamente me lo advirtió mi instinto más de una vez; más de una vez, en los silencios súbitos en que solía ella caer, antes de casados y después de estarlo, tras de una crisis de pasión demente, la he dirigido la eterna, triste y fatal pregunta de los enamorados, que es como la afirmación inconsciente y melancólica del abismo que separa ineluctablemente las almas:

— ¿En qué piensas?

— En nada —sonreía ella, como volviendo de un rápido ensueño. O bien:

— En ti.

La miel que sus labios dejaban en mis labios tenía entonces un sabor nuevo, penetrante, torturador, como si fuera mezclada á ella levemente la acerbidad excitante del misterio... Pero mi afán imperioso de posesión absoluta, la semiconsciente sospecha de no ser absoluto dueño de su ser íntimo, se adormecían por el instante con la vana esperanza de conquistarla palmo á palmo, á fuerza de cariño.

Hoy conozco — á costa de qué cataclismo mental Dios y yo lo sabemos — hoy conozco mi error, demasiado tarde por desdicha. Hoy *sé;* pero, ¿de qué me sirve ya saber?

Puedo decir, no obstante, que he gozado algo de las venturas del Paraíso en brazos de mi amada. Pero, ¿cómo recordar con placer esta felicidad fugaz é intensa, esta felicidad que yo, infeliz de mí, osé juzgar tan duradera como nuestras vidas? Todo en mi alma lo ha manchado ella de fango; y el tálamo nupcial, que yo miré y ante el cual se prosternó mi ser entero como ante el arca santa de mis amores, es ahora en mi memoria conturbada el depósito vil de mi vergüenza y de mi deshonor...

VI

Lo descubrí todo por ella misma. La revelación de mi desdicha fué tan fulminante é inesperada, que no me explico cómo no caí muerto como bajo la acción de una centella.

Porque yo no tenía la menor sospecha de nada. Celos, sí tenía; celos de todo: de los hombres y aun de las mujeres sus amigas, que podían robarme una parte de su cariño; de los seres y las cosas... Pero dudar de ella me hubiera parecido un crimen inaudito, impensable. ¡Yo estaba, en verdad, ciego, sordo, idiotizado por la pasión! ¡Yo, á quien mis amigos tenían por un consumado maestro en el vivir, no dudé de ella hasta que estalló sobre mi cabeza la verdad, salida, quizá por la primera vez, de los propios labios de la culpable, al verse sorprendida! Porque la sorprendí besando el retrato de él, de su

antiguo novio, su retrato que sacara del seno, en mi propia alcoba.—Yo sabía que él había regresado hacía algunas semanas. Seguro del amor y la virtud de mi esposa, no me preocupara la noticia.—Ella estaba de espaldas cuando yo entré, me creía aún ausente, y estaba abstraída, abstraída en su amor... Y no la maté entonces, no, no la maté.

No puedo dar cuenta detallada de cómo fué nuestra explicación. Recuerdo tan sólo que estuve á punto de caer; que me repuse con un esfuerzo supremo, que me dirigí á ella y la tomé por la muñeca, queriendo parecer tranquilo... No hago memoria de que hubiera amenazas ni gritos de mi parte. Experimentaba, sobre todo, un deseo devorador, exigente, de saber; esa era, aunque me parezca á mí mismo extraño, mi sensación predominante en aquel momento. Eso la exigí. Y en mis ojos debió de leer ella algo raro, pues el rostro se le descompuso horriblemente. No podría expresar yo el terror, la resolución, la salvaje energía espantada de aquel rostro hasta entonces adorado... Y me lo dijo ella misma todo como yo le exigía. El era á quien amaba; le había amado siempre; y, sin resistir casi, al volver á verle, y verse requerida por él, había *caído*... Todo me lo dijo.

Lo que yo sentí después... ¿para qué trataría de explicarlo? Era el mundo que caía sobre mí, el fin de todo: mi amor, mi felicidad, mi esperanza, mi fe, mi amor propio, toda mi vida destrozada, sangrando, pisoteada como una piltrafa contra el suelo.

...Y repito que no la maté. Ignoro lo que inmediatamente pasó, pero no la maté entonces. Y casi deploro hoy, horrorizándome de este pensamiento, el síncope que me quitó momentáneamente el sentido, pues ya que estaba escrito que había de matarla, me hubiera ahorrado algunos días — quizá los más horribles—de dolor por que he tenido que pasar.

Cuando volví en mí, ella había desaparecido. Creo que corrí como un loco buscándola, sin saber bien para qué; que huí después, desesperanzado de hallarla, al través de la negra noche hostil. Pensaba ahora en él, en buscarle á él, en destruirlo entre mis manos. Sabía, por la confesión de ella, que estaba él en la ciudad. Pero olvidé las señas. Y no sabía adónde encaminarme para encontrarle á aquellas altas horas de la noche. Andaba como un loco, estaba casi loco ya... La imagen *física* del adulterio se me representaba cada tres segundos... Y el dolor que

sentía era tan insoportable, que me parecía materialmente que me atravesasen las entrañas con un hierro encendido. Aquella noche, en verdad, se cometió un asesinato y yo fuí la víctima. Aquella noche me mató mi mujer.

En medio de la agitación infernal de mi cerebro, me di al fin cuenta de que era inútil á aquella hora buscar al cómplice. Resolví, temblando de impaciencia, desafiarle al día siguiente, con lo cual, convengo en ello, nada resolvería, cualquiera que fuese el resultado del duelo. Y me fuí á aguardar el día en un hotel. Mi casa se me había hecho aborrecible.

. . . .

Luego, no supe más durante algunas semanas, largas y tenebrosas semanas pobladas de fantasmas y pavorosos sueños... Más tarde me refirieron que amanecí con una altísima fiebre cerebral, delirando; que, guiándose por la dirección impresa en mis tarjetas, avisaron á mi familia, la que me trasladó á mi domicilio abandonado... Y allí, amorosamente asistido por mi hermana casada y mi cuñado, que se fueron á vivir bajo mi techo para mejor atenderme, y algunos compañeros fraternales, permanecí en cama, sin conocimiento, cerca de dos meses.

VII

Tuve el valor — cuyo heroísmo no podrá apreciar nadie que no se haya encontrado en un caso semejante al mío — de no preguntar nada, cuando pasó la crisis de mi enfermedad, acerca de lo que había sido su causa única. Engañados por mi apariencia ecuánime, los queridos seres que me rodeaban me fueron enterando... El había muerto en duelo hacía muy poco... Aún se hablaba del caso en la ciudad... Una disputa violenta con un compañero, á propósito de un caso de disciplina sin importancia... Los padrinos, nombrados en seguida, se encargaron de lo demás, con inconsciente celo... El matador había desaparecido, pero se susurraba que retornaría pronto indultado...

Confieso que no sentí ni grande alegría ni tristeza al enterarme de estos hechos. Toda

mi curiosidad estaba concentrada, violenta y secretamente, en *ella*... ¿Qué había sido de ella? ¿Dónde estaba?.. Por fin, y aunque afectando lo mejor que pude una indiferencia desdeñosa que estaba bastante lejos de mi espíritu, me decidí á preguntarlo.

¿Ella? No debía pensar más en su nombre siquiera. Había desaparecido de casa en la noche misma de mi descubrimiento, llevándose únicamente un saquito de viaje con lo necesario para la *toilette*, y algunas joyas. No se habían vuelto á tener noticias ciertas de la infame... Decíase, sin embargo, que se había hecho artista, que estaba en París y que se la había visto cantando *couplets* en un Café Concierto... Esto último lo supe cuando ya estaba casi concluyendo mi convalecencia. Ningún comentario hice. No experimenté tampoco la profunda impresión que yo temía. ¿Estaría muerto ya mi insensato amor?—pensé con una alegría súbita. Y, á pesar de mi duda íntima, una gran esperanza de liberación me brilló en el alma como una estrella salvadora.

A los pocos días, hallándome ya en estado de salir, me trasladé á mi *villa* de C., á fin de terminar allí mi convalecencia, acariciando la hermosa ilusión de que al propio

tiempo que mi cuerpo concluiría de sanar mi espíritu, limpio á la postre de los detritus morbosos de mi pasión, que yo creía ya moribunda.

Cerca de un mes transcurrió. Yo vegetaba plácidamente, paseaba, leía poco, soñaba algunas veces, me fortalecía á ojos vistas...

Y una tarde, al entrarme mi criado el correo, hallé, entre algunas otras cartas de parientes y amigos, una carta de *ella.*

Estaba yo en mi taller cuando la recibí. Agradábame pasar allí las tardes, aguardando el crepúsculo y la hora de comer, entre fragmentos de mi trabajo, que parecían infundirme la esperanza de mejores días, de creación y esfuerzo y olvido, y la placidez divina del Arte.

Mi primer impulso, lo recuerdo clarísimamente y no lo olvidaré jamás, fué arrojar la carta al fuego, sin abrirla. ¿De qué hechos, de qué resoluciones, al parecer nimias, de qué gestos en la apariencia insignificantes se teje la tela sutil y fuerte de nuestro Destino? Yo recuerdo que estuve, sí, que estuve con el brazo extendido, en la mano la carta maldita, pronto á arrojarla al fuego. Me sentía tranquilo, casi indiferente. Deseaba paz, tras de la tempestad apenas pasada, y mi despre-

cio en aquel momento sobrepujaba mi amor y mi odio. Extendí el brazo, sin que mi mano, al contacto del papel frío, de mi nombre escrito por ella en el sobre, temblase de emoción. Extendí el brazo... y no llegué á arrojar la carta. De haber yo completado mi gesto, posible es que hubiera concluído de modo menos trágico esta historia de sangre y de cieno.

Pero no lo completé. ¿Qué pensamiento, qué inconsciente curiosidad malsana, cuál diablillo maligno me detuvo? No lo sé. Acaso fué el demonio del Orgullo; me parece acordarme de haber chasqueado los labios en señal de desdén, y de seguridad de mí mismo. Sí, seguramente fué el orgullo, el orgullo que murmuró en mi oído, en los oídos de mi alma de hombre:

—¿Es que temes?

Y yo contesté con aquel chasquido de desdén, é introduciendo una espátula de marfil, que llevaba en mi bolsillo para cortar las hojas del libro que leía, entre los dobleces del sobre de la carta maldita.

La carta decía:

«Enrique mío: Perdóname; te amo; te amo con toda el alma; te lo explicaré todo; es preciso que nos veamos donde tú me digas, donde

me ordenes. Yo siempre, á pesar de las apariencias, te he sido fiel en el fondo de mi corazón. No te fíes de apariencias, Enrique mío. Y hoy comprendo más claramente que nunca mi amor hacia ti; hoy me siento más que nunca tuya. Porque debo decírtelo todo, y por eso te escribo y por eso es preciso que hablemos: *estoy en cinta*, de ti, de ti, esposo mío; yo lo sé y te lo juro por nuestro hijo. Dime dónde quieres que hablemos y cuándo. Te quiere y te besa las manos llorando, y te pide perdón de haberte hecho desgraciado sin quererlo, tu...»

Y la firma.

. . . .

Toda mi bella ecuanimidad de hacía un instante, trabajosamente adquirida al través de ásperas disciplinas de mi memoria y mis nervios, voló por la ventana hacia los cielos vagos del Poniente, á fundirse en el oro del Sol, como una nube más...

VIII

¡Un hijo! ¡Un hijo *suyo!* ¡Y acaso también mío! Tendido en un sillón en mi taller, entre bocetos polvorosos y como muertos, fumando y mordiendo mecánicamente mi cigarrillo, fuí repitiéndome durante minutos enteros, sin descanso, estas dos palabras, inmensas, aterradoras y misteriosas como una tumba: ¡Un hijo! De las raíces más escondidas de mi vida sentí claramente ascender poco á poco, poco á poco, un vaho de mortal angustia y una certidumbre mortal: la certidumbre de mi futura, eterna, irremediable duda de ser el padre. Lo ignoraba ahora, lo ignoraría siempre.—Acaso es tuyo—oí la voz de mi pasión gritarme. Y casi ahogué un sollozo cobarde, ante este pensamiento; un sollozo cobarde y sublime de amor, de esperanza y ternura. Pero en seguida me

susurró otra voz, sutil é irónica como la de un Eolo que fuese hijo de Lucifer:—¿Y si no lo es? Y entonces mi frente, erguida aún en medio de la tempestad que la agitaba, debió de brillar bajo mis dedos crispados que la oprimían, con un brillo rápido y sombrío de locura.

Para calmar su ardor de fiebre, la apoyé en la vidriera del taller, oprimiéndola contra ella anheloso. No sé cuanto tiempo permanecí así, mientras afuera la hermosura triste del otoño desfallecía en la penumbra del naciente crepúsculo. Hundieron nuevamente en mi pecho, durante aquel tiempo incomensurable, todos los demonios del recuerdo sus tridentes de angustia... Y por mi carne volvió á pasar, macerándola, la tibia é inefable sensación de la carne de *ella*, en las fugaces horas de nuestras noches fugaces; volvió á golpear mis sienes la sangre homicida al evocar su imagen el día decisivo de la confesión suprema, y torné una vez más á saborear con delicia acongojada mi dolor y mi vergüenza... No, no, no, jamás pensaría más en ella, jamás... No podía ser mi hijo el hijo suyo; no pudiera su vientre impuro albergarle, si hubiera sido mío... Y me estremecí al pensar que, pocos meses antes, había soñado con

arrobo en la dicha de hacerla madre... Y con todo... pudiera ser... ¿sería posible, Dios mío? ¿Sería posible este último tardío sarcasmo de la suerte, este dolor supremo?

—¡Has de averiguarlo! ¡Has de averiguarlo bien, ante todo!—me gritaba entre tanto la conciencia.—Tu responsabilidad puede ser enorme...

Sí, sí, preciso era enterarse. Pero, ¿cómo? ¿Cómo llegar á adquirir la certeza? ¿Cómo?

A semejanza de una voz lejana y tenue que gradualmente va acercándose, aumentando en fuerza, en impulso, en vigor imperioso, otra voz, que no sabía yo bien si era la misma de mi conciencia, ó la de mi deseo, ó la de ambas formando una tan sólo, me dijo entonces, cada vez más clara:

—Búscala á ella.

Y temblé. Temblé por vez primera, de miedo, de emoción, de inefable congoja y de alegría. Sí, también de alegría. No quise confesarme—¡oh!, por nada de este mundo me lo hubiese confesado entonces—que mi esperanza aletargada, mi indigna esperanza de unirme de nuevo á ella, salvando en lo posible mi amor propio llagado, habíase despertado con sobresalto y furia. No me lo confesé entonces. La escribí queriendo persua-

dirme de que lo hacía por un escrúpulo de conciencia, únicamente. Pero ahora, ¿qué me importa reconocerlo todo?

La escribí aquella misma noche:

«Ven. Hablaremos.»

Existen horas solemnes en que escucha distintamente nuestra alma el correr irrefrenable de la oculta corriente del Destino... En una de esas horas me encontraba yo cuando volví de depositar, yo mismo, la breve carta, y me encerré en mi habitación. Parecióme que había adquirido de pronto una acuidad prodigiosa mi ser todo; y, á semejanza de lo que, según cuentan, ocurre á los que están para morir, vi en un instante, con claridad inaudita, la inefable desventura de mi porvenir. Toda mi existencia pendía de aquella carta que acababan de dejar en el correo mis manos un poco trémulas; *ella* vendría, y, una de dos: ó nos uniríamos de nuevo, ó nos separaríamos para siempre. Y, *en cualquiera de los dos casos*, me dijo netamente mi conciencia, iluminada entre las sombras de la noche trágica, en cualquiera de los dos casos serás infeliz. Serás infeliz—porque la amas aún—si ella vuelve á dejarte; y lo serás igualmente—porque no podrás matar el pasado y porque no podrás ya amarla *como* antes ni

confiar en ella como antes—si permanece á tu lado. ¿Qué hacer, pues? ¡Oh, si no la hubiese conocido nunca!.. Y entonces vieron también con una claridad que nunca habían tenido los ojos de mi espíritu, casi *objetivamente*, la enorme trascendencia criminal del adulterio femenino.

Después no vieron nada más. Una pesadez de plomo me pareció que caía sobre mi cráneo. Puse los codos automáticamente sobre la mesa que tenía delante, la frente entre las manos. Y, aún obstinado en proclamarme un héroe y mártir del deber, en el silencio de la noche maternal lloré como un niño mi vida destrozada.

IX

Pocas líneas me restan por trazar, venturosamente. He de ser muy breve, como breve fué también la escena que precedió á la catástrofe. Ella vino. La recibí en la propia habitación en que me entregaran, días antes, su fatal esquela. Yo había hecho alejarse, con diferentes pretextos, á los criados. Lo hice por un vago sentimiento de vergüenza y un deseo vehemente de estar solo cuando ella llegase. El fiscal estima esta y otras circunstancias como probativas de premeditación. ¡Bah! ¿Qué importa?

Recuerdo como en relámpagos de lucidez en medio de una pesadilla. Quiso ella echarme los brazos al cuello. Yo no lo permití. El tremendo esfuerzo que realizaba todo mi ser por aparecer tranquilo debía de reflejarse en mi actitud. Tan sólo el hablar me costaba un

trabajo terrible. Ella cayó sobre un asiento y se puso á sollozar. Los hombres carecemos de ese precioso recurso, siempre al alcance y uso de las mujeres. Logré hablar por último. A mí mismo me asustó el sonido de mi voz.

—Descansa. He accedido á que vinieses para que hablemos. No quiero escenas.

Un estremecimiento inoportuno y un breve despertar de sensaciones dormidas ablandaban, contra mi deseo, mis entrañas á la vista de ella. Para luchar contra esta debilidad, quise abreviar la escena. Ella se había calmado poco á poco.

—¡Si supieras! —me dijo sin atreverse á mirarme, con hipócrita acento—. ¡Si supieras cuánto he padecido!

—No te pregunto nada —interrumpí—. No te pregunto nada de eso. No te permito que me cuentes nada. Es otra cosa lo que deseo preguntarte.

Sobre la albez de su nuca caía la luz áurea de la lámpara eléctrica. Entre mis bocetos parecía ella una estatua más, una estatua viviente, toda expresión y ritmo. Mi esfuerzo para libertarme del hechizo invasor era cada vez más violento. Necesitaba odiarla y no podía. Me era preciso un revulsivo poderoso. Y pronto había de hallarlo.

— Es otra cosa. Dime: ¿es cierto lo que me escribiste?

— ¿Qué?— preguntó como sorprendida y sin recordar—. Yo deseo unirme á ti, probarte que estoy arrepentida, que te amo, que seré tu esclava en lo adelante...

Volví á interrumpirla. Un diluvio de reconvenciones intentó salir por mis labios. Mi indignación se despertaba feroz ante aquellas palabras insinceras. Pero estaba resuelto á contenerme. Quería aclarar mi duda.

— No me has contestado. ¿Es cierto ó no lo que me escribiste? — repetí como un maníaco.

— ¿A qué te refieres?

Yo vi en sus ojos la mentira, y una oleada de sangre cubrió los míos y debió enrojecerme la frente.

— Demasiado lo sabes — rugí—. ¡Ay de ti si me engañas! ¡Ay de ti!

El *ritornello* de una canción que le había oído cantar á ella muchas veces recuerdo que surgió de las oquedades de mi memoria, sin saber yo por qué, de pronto. La cólera me invadía; el instinto me susurraba muy quedo que ella había mentido; y á tiempo que sentía saltar en mi alma la fiera que había de estrangular á la culpable, más dulce

y obstinadamente cada vez sonaban en mi oído las notas familiares, y en otro tiempo amadas.

La vi caer inesperadamente á mis pies.

Entonces algo se hizo pedazos definitivamente en mi corazón.

—¡Ah, con que es falso todo! ¡Con que todavía has querido hacerme esta última burla, maldita!

Mi voz no debía ya de parecer humana. Todo mi odio y todo mi dolor y todo mi amor açumulados transformaban hasta ese punto su timbre.

Y en mi cerebro seguía resonando, cegándome más de ira y desesperación, el eco de la canción de otros tiempos.

La adúltera se abatió, trémula de espanto, bajo mi mirada acusadora.

—¿Con que te has burlado de mí? ¿Es una mentira la de nuestro hijo? ¿Es una mentira?

Musitó ahogadamente:

—Porque te amo te lo escribí, créemelo... para llegar á ti...

Mi furor tocaba al punto trágico. Aún no quería dar crédito á mis sentidos. Repetí:

—¿Con que ha sido todo una befa? Contesta: ¿todo una befa indigna, miserable?

No sé qué impulso de valor, de terror ó de odio, ó qué esperanza secreta y suprema de dominarme aún por el descoco la hizo erguirse de nuevo.

— Pues bien, sí, es mentira todo. Y ya que no me quieres...

Yo había quedado un instante como alelado, y ella tomó esta instantánea parálisis por debilidad.

— Ya que no me quieres, me marcho...

Pero entonces sobrevino la reacción: la fiera surgió en mí con todo su poder. Salté sobre ella sin hablar.

— No, no te irás para seguir manchando mi nombre y envenenando mi vida — pensaba yo. Recuerdo que era mi único pensamiento—: No te irás, porque antes te mataré.

No llevaba yo arma alguna sobre mí, ni la había en la habitación. Tampoco pensé en buscarla. La tomé á ella por el cuello, por el cuello frágil, como exangüe, sobre el cual tantas veces se adormecieran mis labios. La vi palidecer aún más, mirarme ¡oh, mirarme! con ojos enormes, casi fuera de las órbitas, infernales de angustia, de aborrecimiento, llenos de todas las pasiones del Averno...

¡Oh, aquella mirada, aquellos ojos!

Fué lo último que vi de ella. Es lo que más me atormenta en mi infierno. ¡Y eran los ojos que yo había adorado, que yo había contemplado con éxtasis! ¡Oh, Dios mío!

. . . .

Me hallaron los criados y vecinos que acudieron al ruido, con las manos incrustadas en aquel cuello frágil, los ojos incrustados en aquellos ojos grandes, abiertos, espantosos, en cuyo fondo dormía el enigma de mi Destino, y cuyo brillo infernal no había acabado aún de apagar la Muerte.

Y en mi cerebro, claramente, con suavidad susurrante de brisa entre el boscaje, seguían sonando las notas de ensueño y de amor de la canción maldita. . . . .

. . . .

Mi abogado cree consolarme con sus visitas, con su jerga vana, prometiéndome la *libertad*, explicándome que obré con arrebato y obcecación... ¡La *libertad!* Y ¿quién podrá libertarme de mí mismo?

Sí, de mí mismo. Ella fué culpable, muy culpable; pero yo lo fuí también. Nuestras circunstancias atenuantes, si alguna tenemos, no son las de mi abogado: son la herencia, la educación, el medio ambiente, es decir, son todos, ó la mayoría de los hom-

bres, que, como nosotros, vive en este plano del egoísmo. Mi espíritu, aclarado por el dolor, ve la verdad lejana, si bien conoce que no puede alcanzarla por ahora. Y *sabe*, con saber más hondo y cierto que el que pueden dar todos los raciocinios de la mente, que mientras seamos esclavos del ilusorio *yo* individual que alienta en cada uno, seremos fatalmente víctimas y verdugos de nosotros mismos.

FIN DE GIL LUNA, ARTISTA

OTRAS NARRACIONES

EL VELO DE LA DIOSA

AVENTURA VULGAR

Marzo 12 de 1907.

He sabido esta noche que Elena Marcos está nuevamente aquí, en la población, con la Compañía dramática de que forma parte. La noticia me ha dejado casi indiferente, lo cual me ha producido una grande alegría. Pasado el primer instante de natural sorpresa, mi plan de conducta lo he trazado viniendo hacia casa: me propongo no dar un solo paso para volverla á ver, si no lo da ella primero; y, en caso de darlo ella, verla (pues de eso sí experimento alguna curiosidad); hablarla como amigo; *acompañarla á su casa*, si ella se empeña... pero no volver á tomar, ni por un segundo, en serio este amor, como hice neciamente hace ahora tres años. Ni

una recriminación he de dirigirle por su conducta pasada, puesto que, después de todo, fué un favor lo que me hizo, sin saberlo, con marcharse; fué aquello un golpe rudo para mí, pero necesario; al fin pasó todo y quedé sereno. De otro modo, de haber permanecido Elena á mi lado como yo deseaba, estaba yo perdido: la vida en común, el cariño cada vez mayor hacia ella, la ceguedad que me hubiera hecho no sospechar sus posibles infidelidades (hay que preverlo todo), un hijo probable... el fin de mi carrera, el aniquilamiento de mis más nobles sueños... Así, pues, le debo un gran favor, por más que ella no lo sospeche. Y le he perdonado todas sus pequeñas faltas para conmigo. Estoy dispuesto á ser su amigo, su amigo sincero. Pero á volver á las andadas, á dejar que vuelva mi corazón á interesarse por ella, á amarla nuevamente, eso no, ¡eso no!

He formado, pues, mi plan, y me prometo á mí mismo comenzar desde hoy á seguirlo al pie de la letra. Por ahora la ejecución de aquél es sólo negativa: consiste en no hacer nada. Prescindiré de la existencia de ella, no la buscaré, no la escribiré. Si ella me busca, bien; si no, mejor aún.

14 Marzo.

No la he visto, no lo he procurado, me mantengo firme. Pienso en ella á veces, ¿para qué negarlo? Pero mi resolución sigue siendo tan fuerte como hace dos días. Que la recuerde es inevitable, me parece: fué ella tal vez la primera pasión real, *completa* y tormentosa de mi juventud; mi *iniciadora* casi, en cierto modo; la iniciadora de mi inexperiencia en las tempestades del amor *irregular*. Yo me enamoré de su alma de artista, oreada ya por los vientos furiosos ó sutiles de la escena y la vida, y de su cuerpo ondulante y esbelto de mujer bella, joven y sapiente. Me enamoré con locura de niño, con hambre y sed de hombre, con curiosidad fascinada de artista; y vi en ella, ó creí ver, la encarnación de mi novela ansiada y definitiva, y de los vagos sueños amorosos de mi adolescencia. Hace ya más de tres años que ocurrió todo esto. Ella se fijó en mí, entre todos sus adoradores, ¡que sé yo por qué!, probablemente á causa de mi mocedad, adivinando mi interior y con el deseo inconsciente, en las almas ya conocedoras, de recoger el perfume de otra alma aún en botón, acariciarla, aunque sólo sea por un tiempo

breve, y sentirla abrirse en flor al contacto cálido y madurador de su aliento.

Durante unas semanas me amó, ó pareció amarme; durante unas semanas yo gocé y padecí todos los goces y todos los dolores de un amor de esta clase, para mí inaudito: cantaron mi carne y mi corazón de placer entre los brazos de ella; rugieron otras veces y lloraron de celos, de amargura, de rabia, al evocar el pasado de mi amada, al sentir el espíritu de ella múltiple é inasequible por entero, lleno fatalmente de cosas que me estaban vedadas, de pensamientos que no eran todos míos, de memorias que no me era dado compartir...

Ella hacía, en tales ocasiones, por consolarme, risueña y cariñosa, un poquitín irónica tal vez; nunca, se me figura, tomó muy en serio, por su parte, aquellos amores de un mes con un muchacho abogado, recién salido de las aulas y algo poeta, que había conocido en una capital de provincia, al paso de la Compañía dramática en que ella figuraba...

Cuando se fué con la Compañía, quedé atontado por el pesar durante algún tiempo. En mi embriaguez, no había yo pensado en que *aquello* tenía que terminar. Era tan in-

tensa la vida que me había hecho vivir Elena, y tan breve el período de duración de aquella vida, que permanecí de momento *aplastado*, esta es la palabra, aplastado bajo el golpe que había recibido y con una sensación muy parecida á la del que no encuentra aire suficiente para respirar. Aplastado y ahogado...

Poco á poco, fué volviendo la existencia de todos los días á envolverme dentro de sus hilos sutiles y fuertes, fuí tornando en mí; la reflexión y el tiempo me fueron haciendo ver, poco á poco, que no es toda la vida una pasión fugaz, ni una artista que durante una temporada, más ó menos fugaz también, nos *otorga sus favores*. Había *aprendido*, había comenzado mi aprendizaje vital, el que no se adquiere sino á costa de la sangre de nuestras propias venas; había empezado de veras á ser hombre.

Y al cabo, me quedó tan sólo un recuerdo melancólico de aquellos amores febriles. Mi porvenir me reclamaba. Comencé á tener clientela... Tuve novia durante algún tiempo, afectos nuevos distrajeron mi dolor pasado. Acabó de consolarme el arte y el nombre que mis escritos comenzaron á darme... Empecé á escribir *mi* libro, *el libro* que

cuantos escribimos llevamos dentro, acariciado, amado como ninguno, guardado en nuestro propio ser, á veces toda la vida, como si de tan adherido como está á nuestras entrañas espirituales, nos costase más trabajo y dolor el darlo á luz... Y olvidé á Elena.

La olvidé, sí, pues recordarla sin odio ni pasión era haberla olvidado. Con pena, con alguna pena, sí, deploraba en ocasiones no haber disfrutado más por entero y descuidadamente de aquel precario idilio, cuyo sabor punzante de fruta prohibida me quemaba aún los labios. Pero la reflexión se imponía al cabo en mí, como se impone ahora.

Como se impone ahora. Porque, en resumen, lo que me dejaron aquellos amores fué una impresión desagradable de dolor. Fué él más amargura, mucho más amargura que goce. A todos, todos los momentos de mis relaciones con Elena se mezcla una sensación amarga: yo sentí siempre que nunca era, ni nunca podría ser mía por completo. Nos separaban muchas cosas, algunos años, muchas reminiscencias. El amor, todo amor individual, es un ansia despótica, y á veces terriblemente penosa, de posesión absoluta de alma y cuerpo, tanto más intensa cuanto el amor es más intenso; así, al menos, ocu-

rre á los temperamentos como el mío. Y la imposibilidad de la posesión de *todo* el ser amado, de su pasado y su presente y su porvenir y sus pensamientos, pone casi siempre una gota, siquiera sea invisible, de acerbidad en la copa de dulzura y vida del amor. En el caso de Elena, aquella imposibilidad era absoluta, y la íntima persuasión de esto lanzó siempre su grito clarísimo, agudo, en mi alma, aun en los momentos de más ciego arrebato de mis sentidos.

Sí, me hizo un gran bien con marcharse. Si llego á verla de nuevo, he de verla casi con gratitud. Me hizo un gran bien, sin saberlo quizá. Me siento — no quisiera equivocarme— pero me siento fuerte para arrostrar su presencia sin perder un punto la ecuanimidad de mis nervios y mi corazón. Sería, acaso, mejor no verla, según me dijo hoy mi amigo y compañero de estudios y profesión Vega, que conoce la historia de mi breve *liaison* con Elena y cree tener aún más experiencia en asuntos de esta naturaleza. Pero, ¿por ventura él puede penetrar en mí? Juzga por el pasado. Y yo sé bien, mejor que él, mejor que nadie, que todo entre Elena y yo terminó ya de veras, hace tiempo: ¡todo!

Marzo 17.

Nos hemos cruzado hoy, por casualidad, en la calle. Ella iba en compañía de otra artista, amiga suya y conocida mía, que está aquí también, de paso. Iba yo con Gonzalo Luque. Nos saludamos los cuatro afectuosamente, desde lejos. A Elena, á fin de hacerle ver que no le guardo rencor alguno, creo que le subrayé el saludo y la sonrisa con una mirada. Me pareció que me miraba ella también, entre alegre é inquieta... De todos modos, es igual. Hasta ahora, tengo la satisfacción de poder decirme á mí mismo que he seguido fielmente mi plan.

Marzo 18.

Recibí una carta de Elena. Confieso que no la esperaba, al menos tan pronto, y que me produjo una emoción que tampoco esperaba; una extraña mezcla de alegría, inquietud y orgullo de haber sido fuerte. Y como un despertar brusco de sensaciones adormecidas, una especie de terremoto súbito de mi carne y de mi alma, á un tiempo gozosas y espantadas de su propia violencia de recuerdo... Se me figura que mi mirada debía de

ser, en aquel momento, muy parecida á la de Elena ayer al saludarme...

¡Ella me escribe la primera! ¡No pasó así antes, no pasó! Me escribe y me cita al propio lugar donde nos vimos la primera vez, en su piso, y á la misma hora, al atardecer, al salir ella del ensayo! No he tenido fuerzas para decir que no; además, no entraba eso en mis planes; pero la he contestado con el portador, simplemente, verbalmente, fríamente, condescendientemente, que «está bien»...

Marzo 19, por la tarde.

... No debiera ir quizá. Ignoro qué sentimiento es este que me hace vacilar á última hora, después de haber dicho que sí. ¿Es falta de confianza en mis propias fuerzas? ¿Es un temor indigno de mí? Pero temor ¿de qué? ¿Qué emoción es esta que me embarga á pesar mío? Nunca, antes de ninguna cita, me he sentido tan conmovido de pronto. ¿Por qué lo estoy ahora si mi resolución está hecha? ¿Por qué se me figura que Elena representa para mí la vida, con todos sus tormentos y todas sus tormentas? ¿Por qué ha de

ser ella en particular? ¡Ah, será tal vez porque ella encarna para mí un recuerdo, hasta ahora más punzante y doliente que ninguna de las demás mujeres?

De todas suertes he prometido ir, é iré. Si ella es mi vida pasional temprana, que resurge, haré frente á esa vida: para eso soy hombre... y *otro* hombre. Iré con seguridad; es para mí ya esto, íntimamente, una cuestión de honor. Y si de vencer se trata, veremos quién puede más: si la vida ó yo...

Marzo 20.

Fuí. Me aguardaba Elena cuando llegué. Me había yo propuesto mostrarme natural, digno y amable á un tiempo. Me pareció que estaba un poco conmovida ella; pero sin fiarme del todo. Nos saludamos cordialmente, y como si nos hubiéramos separado la víspera. Ella se sentó, no muy cerca de mí, y comenzó á mirarme sin hablar, sonriendo y con las manos juntas, sosteniendo una de sus rodillas. Así estuvimos durante unos segundos, antes de hablarnos, observándonos. La encontré más delgada, desfigurada, y me dió un vuelco el corazón. ¡Qué vida habrá lle-

vado la infeliz! A la luz difusa del crepúsculo que empezaba á entrar en la salita coquetona é íntima, veía yo vagamente las vagas, casi invisibles arrugas que se insinuaban alrededor de sus ojos grandes, obscuros, en que otros días me miré con pasión. Y sentí una piedad tan grande que dejé de sonreir.

Ella me dijo de pronto, con aparente ingenuidad:

—Tenía muchos deseos de verte otra vez, muchos.

Y seguía mirándome y sonriéndome con su sonrisa de otro tiempo; pero sus labios, aún tentadores, no tenían la frescura de antaño; y un pliegue ligerísimo en las comisuras les daba no sé qué aire, vago como las arrugas de los ojos, no sé qué aire vago de desaliento y fatiga.

—Muchos deseos—repitió—. Casi no has cambiado nada. Eres el mismo casi...

—Casi—murmuré, haciendo por sonreir de nuevo.

—...¿Y yo?—preguntó inesperadamente, con ímpetu inesperado, echando adelante su busto, que yo había sentido, años hacía, lleno y poderoso como un fruto á punto de romperse, latir contra mi pecho.

— ¡Qué diferente, Dios eterno! — pensé á mi pesar, observando la respiración de Elena, entrecortada á ratos, á semejanza de la de un convulsivo —. ¡Qué diferente!

Y sobrecogido de súbito por una secreta timidez inexplicable y angustiada, contesté presuroso:

— No, no, tampoco... tú tampoco has variado casi nada... Te encuentro muy bien, muy bien...

Su antigua risa coqueta y argentina volvió entonces á vibrar en mis oídos, envolviéndome lentamente en la inefable embriaguez de la Evocación.

— ¿De veras? Pues, ¡si supieras las cosas que he pasado!..

Suspiró mimosa. Por su mirada pasó toda una vida, rápidamente, como en una ráfaga de aire de muy lejos, mientras ella se inclinaba impensadamente hacia mí... Yo me incliné también, enternecido, lleno de un sentimiento nuevo de amor y compasión que la transfiguraba y me transfiguraba á mis propios ojos. Era mi Elena, mi Elena que había padecido, que había llorado, que se había afeado un poco... Y la amaba por todo esto, por su dolor pasado, por sus lágrimas purificadoras, por lo que yo creía aún su

impotencia para infundir en mis venas el fuego loco de otros tiempos!

Un supremo pudor de mi dignidad detuvo sus confidencias al borde de sus labios:

— No me cuentes nada... No me cuentes nada. Yo también padecí por tu causa. Pero ya pasó todo, ¿verdad?

Nuestras manos se habían unido. Estábamos ahora muy cerca el uno de la otra. Yo sentía el calor de sus rodillas y la dulce tibieza de su aliento.

— ¿Todo?

Y me miró de nuevo, medio sonriente, con los ojos un poquito entornados, llenos de malicia y de afán, en un gesto nada más que suyo ¡nada más que suyo!

¡Era mi Elena, sí, siempre hermosa, eternamente joven, eternamente amada y deseable!

Y la miré yo también, al cabo, como antes, también entre risueño y afanoso.

— ¡Pschs! Todo... no...

Los muebles elegantes y ligeros, los cortinones que apagaban los ruidos sordos de la calle, los cuadros, todo iba desapareciendo poco á poco á nuestros ojos, cegados para cuanto no fuera la visión interior, hecha carne y sangre, el cadáver de nuestro amor pasado que resucitaba á nuestra vista...

Y nos besamos en los labios. Nos besamos en los labios como antes.

Y no hubo ya nada más, ni nadie más en el mundo que nosotros dos. . . . .
. . . .

¿Adónde fué á parar mi riguroso plan de batalla? — me pregunto ahora, al volver en mí, después de la derrota... Pero no tengo tiempo ni de seguir preguntándome inútilmente, ni de responderme. La he de ver esta tarde de nuevo...

4 de Abril.

Hace quince días que vivo en un ensueño. Jamás nos hemos amado como ahora. Nuestro amor tiene todo el perfume y el sutil encanto de los dolores viejos, de las cosas pretéritas. Nos sentimos unidos por las lágrimas que hemos derramado, por los años que han pasado, por los días que hemos perdido; y, como si ella sintiera esto aún más vivamente que yo, no quiere apartarse de mí. Cada frase familiar en otro tiempo, cada lugar conocido, testigo de nuestros breves amores de antaño, que encontramos en nuestros solitarios paseos, es un recuerdo que nos ata, que nos ata con la magia de una resurrección. *Estamos viviendo el pasado;* y hasta ahora no

había yo sabido á qué profundidades de intensidad emotiva y pasional alcanza esta frase, amplia y profunda como el cielo.

¡Qué inocente era yo pensando que, viéndola y hablándola, podría yo sustraerme á este poder tirano de la Evocación!

Todo lo he echado en olvido: mis planes, mis proyectos de gloria y trabajo, la decadencia física de Elena, patente, sin embargo... ¿Qué será de mí? ¿Adónde voy? No lo sé, ni me importa; nada me importa ya como tenga los labios amantes de Elena para apoyar en ellos mis labios, su seno para apoyar mi frente, todo su ser, cuerpo y alma, que se entrega en mis brazos, y como que se funde entre mis brazos con la furia delirante y divina de la Pasión, esencia misteriosa del supremo dolor y el supremo placer.

Los propios defectos de Elena me enamoran aún más; me traen nuevos recuerdos de lo que era ella antes... Y cada peculiaridad suya, cada una de esas frases, de esos gestos especiales, propios, que cada uno de nosotros tiene, es un eslabón más en la cadena que nos une con el pasado. ¡Qué necio, sí, fuí al confiar en mis propias fuerzas! ¿Cómo había de volver á verla, oirla, sentir sus ojos en mis ojos, sin volverla á amar? Y ahora com-

prendo también la fuerza poderosa del dolor para unir á los seres: lo que por ella padecí me hace quererla y desearla más ardientemente...

Abril 25.

El afecto de Elena hacia mí ha variado y aumentado también, sin duda alguna. No es que el deseo me engañe; á pesar de toda la aparente ceguedad de la pasión, tengo la vista muy clara y serena para ver cuanto á mi amante se refiere; y creo juzgar imparcialmente el estado de su ánimo, tanto más imparcialmente cuanto que no esperaba yo en lo más mínimo esta transformación de sus sentimientos. En mí vió ella, antes, casi á un niño á quien, casi también, se *inicia;* en mi amor un pasajero juego sentimental. Hoy no me juzga así; y en su conducta, en su modo de mirarme, de hablarme, de besarme, hay como una oculta ansiedad de poseerme por entero, y de entregarse por entero, que antes no había. Me refiere, sin yo pedírselo, detalles de su vida artística, de su vida familiar, lo cual nunca hizo antes. De esta suerte he sabido que tiene á su madre en Madrid, y una hermana, más joven que ella, honrada,

soltera y condenada, según todos los síntomas, á sucumbir de tuberculosis antes de mucho tiempo. Me ha contado cuanto á ella se refiere y *puede* referirme sin causarme molestia ni disgusto. Y después de cada confidencia, nuestros besos parecen adquirir un sabor más maduro é intenso... Y todas sus confidencias suelen concluir en un arrebato pasional que nos envuelve como en una onda eléctrica, y en un jurarme ella apasionadamente que á mí solo ha querido, cosa que tampoco hizo antes nunca...

—¿Y tú? Me quieres también mucho, ¿verdad? ¿A mí sola, sola? ¿Verdad que sí, Enrique mío? — me pregunta, sus labios muy unidos á mis labios, y sus ojos, sus ojos moros, clavados en los míos con un brillo recóndito de pasión é inquietud.

—Sí, sí. Si lo sabes bien—sonrío yo, á pesar mío con ese íntimo orgullo dulcísimo del que se siente amado *por completo*, aunque sea unos instantes—. Si no sé lo que me has dado; no quería volver á amarte, ya ves, y no he podido...

— Tú — me dijo ayer de pronto con un mohín de duda coqueta —, ¿tú harías por mí lo que yo voy á hacer por tu causa: dejarlo todo y quedarme contigo?

Salté de gozo de mi asiento.

—¿Con que te decides, de veras, alma mía? ¿Y por mí, de veras?

No había yo querido hablarla de aquello, de dejar la escena, al menos durante algún tiempo, deseando — y en el fondo, casi cierto de obtener mi deseo — que lo hiciera sin yo solicitarlo.

—Sí, me decido. Me quedo á tu lado, si tú no me echas...

Nos estrechamos, sonriendo, como dos novios, en una nueva pascua de nuestros amores.

— Te quiero más que nunca — musité en su oído, pasando mis labios suavemente, lentamente, por la concha rosa de su oreja —. Más que nunca.

—Y yo, más cada vez; siempre, siempre...

Y así nos olvidamos del tiempo, y de la vida, y de nosotros mismos, y de todo, besándonos, mordiéndonos casi, con toda la rabia del recuerdo vivido, del presente saboreado á tragos, repitiendo, como todos los amantes de todo el mundo, las dos inmensas, radiantes, vanas, irónicas palabras del amor: *Siempre... nunca...*

Mayo 11.

Hoy hablé con Vega en el Casino. Hacía más de dos meses que no ponía yo lós pies allí. Fuí, citado por el propio Vega, que me escribió expresándome su deseo de charlar conmigo un rato *cuando yo pudiese*. Este amigo mío, casi de mi niñez, no sé qué extraña influencia ejerció siempre sobre mí. Su temperamento, desdeñoso é irónico, parece completar el mío. Así me explico esta atracción que nos ha hecho íntimos desde las aulas.

— No se te ve ya por ninguna parte — me ha dicho, con su sonrisa entre cariñosa y burlona —. ¿El amor no te deja ni diez minutos libres para charlar con un amigo?

Tuvo la delicadeza de no aludir á sus advertencias pasadas acerca de Elena, cumplidas al pie de la letra. Confieso que sentía, á mi pesar, cierta vaga humillación en presencia de Vega, cierto pudor confuso ó vergüenza de hablar de mis amores, y, al propio tiempo, un deseo infantil de hacerlo, de confesarme con él, de comunicarle algo de la intensa vida interior que hace dos meses estoy viviendo.

— ¿Y tu libro? — me preguntó distraídamente mientras hablábamos de otra cosa.

— ¿Mi libro?

No supe qué contestarle de pronto.

— Sí. ¿Lo *tenías* ya muy adelantado?

Este tiempo de verbo, esta sola palabra en boca de mi amigo, me produjo tal impresión, que enmudecí mirándole. ¡De suerte que él, y todo el mundo quizá, me consideran ya como muerto para el Arte, para el trabajo, para la vida!

—¿Por qué me dices *tenía*? ¿Crees que lo he abandonado?

— Como antes creo que me dijiste que no hacías nada ya...

Cierto. ¡Lo había olvidado! Y para ocultar mi íntima involuntaria turbación, comencé á hablar á Vega de mi amor, con toda la vehemencia del deseo contenido de hallar un confidente. Poco á poco le fuí contando todo, tratando inconscientemente de justificar á sus ojos mi conducta, de hacerle ver la inmensidad del cariño de Elena, la abnegación de ésta al renunciar por mí á su arte...

El me escuchaba con aire enigmático, contradictorio diría; en los labios, su ligera sonrisa de afable escepticismo; en los ojos obs-

curos, según me pareció observar, una bondad cariñosa y triste.

—¿Ella pensaba retirarse, según le había oído decir?

—Pensaba, vagamente, más tarde. Pero acabó de decidirla *esto*. Todavía la aplaudían mucho, tú lo sabes. Y ¿qué menos podía hacer yo que... Esta vez, te lo aseguro, su amor es verdadero.

—¡Oh, eso no lo dudo! —dijo, poniéndose casi serio—. ¡Tú eres la última primavera de su vida!

. . . .

¡Tú eres la última primavera de su vida! Hace dos horas que me separé de Vega. Hablamos, después, de otros muchos asuntos; me refirió, á petición mía, el de su próxima obra, del cual—mi queridísimo amigo me perdone—no me enteré en absoluto; nos despedimos afectuosamente *hasta la vista*.

Pero de toda nuestra conversación sólo quedó aleteando en mi memoria, no sé por qué, esa frase...

Mayo 23.

Mi existencia se desliza dulcemente, sin grandes sacudidas. Asisto á mi bufete de abogado el tiempo preciso para firmar las minu-

tas que se me presentan y resolver alguna consulta que me hace mi pasante, encargado, de hecho, del despacho de mis asuntos legales... Nunca tuve grande afición á mi carrera *oficial*, pero ahora siento una verdadera repugnancia física hacia sus rutinas y minucias. En realidad la siento hacia toda clase de trabajo. Experimento á veces un vago disgusto de las cosas, que no sé bien á qué atribuir. He olvidado por completo *mi libro*. Voy á menudo al Casino, al Ateneo... Pero evito hablar de mis sueños de antes, y, como por tácito acuerdo, los amigos, el propio Vega, ya no me hablan de ellos tampoco, lo que me produce, á pesar de que complacen con ello mi deseo, cierta extraña y secreta contrariedad. Atribuyo este malestar frecuente de mi ánimo á la crisis de pasión que acabo de pasar, que estoy pasando...

Sí, que estoy pasando. Porque sigo amando á Elena por encima de todo. Al lado suyo, en sus brazos, únicamente en ellos, me siento feliz. Es ella, en verdad, mi dicha y mi consuelo.

... Mi *consuelo* he escrito. Pero, en verdad, ¿necesito que se me consuele?

Que se me consuele, ¿de qué?

Mientras la tenga á ella, ¿qué me importa el resto?

Junio 1.°

Anoche me dijo ella la misma frase que, al abrir hoy mi diario en un rato de aburrimiento, hallé que había yo escrito al final de mis últimas impresiones:

—Mientras te tenga á ti, ¿qué me importa el resto?

Esta frase, que me inundó de delicia al escucharla, me deja ahora, á mi pesar, pensativo. ¿Por qué? Lo ignoro. (¡Ignoro tantas cosas!) *¡Mientras te tenga á ti!* ¿Será, pues, cierto que se pueden bastar dos seres el uno al otro, indefinidamente? Si así es, ¿qué puedo desear? Yo siento que Elena me pertenece hoy en cuerpo y alma. Yo la amo á mi vez...

¿Por qué, entonces (sé sincera del todo, alma mía, en esta confesión íntima y suprema que te haces á ti misma), por qué no eres feliz?

. . . .

Junio 27.

Esta mañana me desperté temprano. Elena dormía aún al lado mío. Por las ventanas comenzaba á penetrar el día, tan sereno, tan

claro, que tan sólo el verlo juguetear en las cortinas é iluminar los muebles con sus rayos ponía un contento primordial, infantil, en el corazón. Tendido en el lecho, embozado casi hasta los ojos en las sábanas, por un instante, olvidado de todo, me sentí niño, y artista, y poeta místico: sentí á mi espíritu, libertado de miserias y dudas, irse hacia el cielo, comulgar con el alma ignota del mundo confundido en el rayo de luz que besaba jugando las cortinas. ¡Magia incomparable y única de la Naturaleza! Basta un rayo de sol, unas hojas que cantan en un bosque solitario, al correr de un arroyo entre piedras, para lavarnos por dentro, aclararnos la vista y los oídos y prepararnos para hacernos *sentir* la verdad, la verdad que está en ella, en nosotros, en todo cuanto existe, y que los hombres, cegados y contaminados por los libros que la falsean, por nuestra vida, también falsa y morbosa, en casi todo el curso de nuestro existir vano, agitado y efímero, no queremos ó no sabemos ver.

Tuve un momento de felicidad completa, *inmotivada,* y por eso completa, ó, mejor dicho, un atisbo súbito, como he tenido otros dos ó tres en mi vida, de la felicidad. A quien no haya experimentado nunca este senti-

miento de liberación es incomunicable lo que se experimenta en tales momentos; el que lo haya sentido no necesita explicación alguna. Todas las cosas terrenas, aun las que tenemos nosotros mismos, comúnmente, por más importantes, pierden su valor á nuestros ojos. *Todo cuanto es individual y egoísta pierde su valor.* Un amor infinito é inefable llena todo el ser; un amor infinito, inefable y celeste...

...Y, de súbito, sentí moverse bajo mi cuello el brazo de Elena, que bajo mi cuello descansaba; levantarse dulcemente y oprimirme dulcemente... Ella se había despertado también, y su primer impulso era acercarse á mí, enredarme en sus brazos... Al volverme, á la luz de la mañana, vi con extraordinaria claridad el cansancio de sus ojos, las tempranas arrugas de sus labios, sus cabellos medio deshechos...

Y entonces una nueva sensación llenó mi espíritu; una nueva sensación que tampoco me puedo explicar bien. No fué á Elena á quien yo vi en aquel instante de clarividencia: fué *la vida* lo que yo vi, lo que llamamos los hombres la vida, nuestra pobre vida atormentada y precaria, que nos embruja y nos ciega á la vida verdadera, y nos esclavi-

za; nuestra mísera vida, esclava á su vez del tiempo, de las enfermedades, del dolor ineluctable y multiforme. ¿Fué repugnancia ó compasión lo que experimenté?

Fué repugnancia y compasión lo que me hizo mirarla un instante en silencio, sin sonreir, medio abstraído aún en mi fugitiva visión de dicha sin nombre... Ella me besó.

— ¿En qué piensas?

Entonces *volví en mí* del todo: volví á *la vida* con un suspiro que ella no escuchó. Y sintiendo su rostro junto al mío, resignado, con una honda amargura inexpresable y una piedad inmensa, besé en Elena, con un beso *nuevo*, limpio de toda sensualidad, la tristeza y el error de *la vida* que amamos y que nos encadena y oprime, amorosa y fatal, entre sus brazos.

Julio 5, once de la mañana.

Ayer recibió Elena un telegrama urgente que la llama al lado de su familia. Su hermana menor, enferma hace ya tiempo, se aproxima á su fin. La tisis la vence al cabo, y no quiere morir sin ver á su única hermana, por tanto tiempo ausente.

Yo mismo he instado á Elena á que marche cuanto antes.

— Será una ausencia de poco tiempo—me ha dicho.

Y de pronto:

— Pero ¿tú lo sientes mucho, de veras, que yo me separe de ti?

— ¡Vaya una pregunta! — he respondido, tomado por sorpresa, sin saber qué responder.

Me miró fijamente un segundo, y, sin insistir, comenzó á ocuparse en su viaje. Parte pasado mañana.

Julio 5, á prima noche.

—Tú no me quieres ya como antes. No, no me lo niegues...

Acababan de marcharse algunos amigos que habían venido á despedir á Elena. En el saloncito del piso donde hasta hoy ha vivido ella, habíamos quedado los dos solos.

Deseo, antes que se borre de mi memoria, trasladar brevemente al papel la impresión de esta escena, tal como, no hace una hora, la *vivimos*: Son cerca de las siete. El lento crepúsculo vernal va penetrando, en olea-

das continuas é insensibles, por las vidrieras entreabiertas. En un diván charlamos Elena y yo. Yo contemplo, mientras me habla, su rostro, sus ojos que reberveran con un terror recóndito, arcano; y voy sintiendo una turbación invasora y sombría adentrarse en mi pecho, como si fueran llenándole también las sombras.

Es este un crepúsculo elegante, discreto. Los tapices, las siluetas de los muebles, los cuadros de los muros se esfuman anegados en una suave onda de obscuridad. Alguien, no lejos de donde nos hallamos, un artista ignoto, ejecuta al piano un Nocturno. Nos llegan las notas, trémulas y tenues, como una voz ahogada por lágrimas ocultas.

— No, no me quieres como antes; no me lo niegues — insiste ella.

Yo:

— ¿No he de quererte? ¿Por qué no he de quererte?

Ella posa sus manos en mis hombros, se acerca aún más á mí, avizorando en el fondo de mis pupilas:

— ¿De veras? No me engañes. Mejor es decirnos á tiempo toda la verdad.

Yo pienso, á pesar mío, con ironía acerba, involuntaria:

—¡Oh, toda la verdad! ¿Decimos *alguna vez* toda la verdad? ¿La conocemos nosotros mismos?

Contesto después:

—¿Por qué té atormentas sin necesidad? ¿No me ves á tu lado? ¿No sientes el encanto de esta hora? ¿Verdad que parece que la música sale del mismo crepúsculo? Escucha, escucha...

Ella suspira, desconfiada. Callamos, uno al lado del otro, percibiendo en silencio la honda armonía de la hora y de la música. Una grande, enigmática tristeza parece pesar sobre las cosas. Y al través de la penumbra se oye la voz del piano que solloza el bien ido, que llora la fatalidad de lo irremediable, la amargura de los vanos afanes. Y dentro de nosotros llora también algo, muere también algo, tácita, solemne, *religiosamente*...

Ha terminado el Nocturno. Mi amiga se ha vuelto de nuevo á mí, con una nueva sonrisa, lejana, insincera, en los labios. Entre nosotros habían pasado acaso la solemnidad del desengaño y el frío de la muerte, el misterio angustiador de la vida. Algo se había roto entre los dos. Pero volvemos á sonreir, á pronunciar palabras. Esta vez ella afecta una indiferencia dolorosa.

—¿Verdad que es bella la música de Chopín?

Y yo pretexto que tengo que venir á mi casa á cambiarme de traje, con el fin de dejarla en libertad para hacer sus últimos preparativos de marcha.

La noche acaba de envolvernos. Me levanto. Y, en vez de decirnos lo que hemos pensado, Elena y yo nos miramos casi sonrientes, y al despedirnos con un beso de amigos, con mucha naturalidad nos decimos los dos: *hasta luego*.

Julio, 8.

Se marchó ayer. He quedado como *vacío:* vacío de entendimiento, vacío de corazón. Recuerdo nebulosamente unos versos de Musset:

Tel est l'histoire du cœur: tout va si vite en lui!
tout y meurt comme un son; tout, except l'ennui!

Siento que Elena no retornará. ¿Me alegro? ¿Lo deploro? Ni lo deploro, en verdad, ni me alegro. La única sensación viva en mí es la de la caducidad de todos nuestros afectos. *Man delights me not, nor woman neither*, igual que al personaje shakesperiano. Ni el

pensamiento de dar cima á mi libro me deleita siquiera...

Será esto que acabo de pasar un incidente como ocurren muchos en la vida de muchos hombres; pero los acontecimientos en sí mismos no son ni grandes ni pequeños, ni importantes ni pueriles. Son lo que los hacen nuestra sensibilidad, nuestro grado de evolución espiritual, nuestra mayor ó menor *preparación* para sentir, bajo la corteza de los hechos corrientes, la savia del enigma que bajo ella circula invisible; para ver desgarrarse poco á poco el velo de la diosa Tanit, cuya única virtud reside en la superstición que se la atribuye, y alzarse un extremo del velo de Isis, la diosa eterna, hermética y sagrada, cuya inviolable y casta desnudez guarda la clave ignota de la vida.

Yo presiento confusamente otra vida más amplia y elevada, á cada nuevo paso que voy dando hacia adelante, á cada nueva desilusión que va desnudando mi espíritu. La presiento ahora mismo, entre las sombras de la noche que me envuelve, en la soledad de mi alcoba. Y presiento también que acaso me hace falta seguir andando en las tinieblas, para encontrar nuevos desengaños y dolores más hondos que acaben de abrir mis ojos,

aún casi cerrados; á fin de que puedan ellos aprender á distinguir á la postre, entre estas sombras que los rodean, la luz serena é inmortal...

LA VICTIMA

Cuando el viejo caballo penetró en la plaza, con otros dos compañeros suyos, una venda sobre uno de los ojos y sobre el lomo un peso inusitado de carne y hierro, sintió un ruido vago é inquietante que le hizo estremecerse.

El público, impaciente, embriagado por la luz del día, los colores radiantes de los trajes de las mujeres, la esperanza cruel y gozosa de ver correr sangre, bullía en palcos, tendidos y barreras con un rumor de oleaje embravecido. Sobresalían las voces de los vendedores de agua, golosinas y bebidas. Cruzábanse chistes y comentarios anticipados. El sol caía á plomo, un sol de verano implacable. Tenía el cielo, arriba, un azul pálido de sueño de novia.

El caballo se sintió conducido, por las espuelas de su poderoso caballero, que le herían los costados, á un ángulo de la plaza, mientras se capeaba al toro. De la belleza y alegría del ambiente tan sólo percibía el murmullo enorme de la masa humana, los resoplidos furiosos del toro que acababa de salir y el fuego del sol sobre los lomos flacos. Sentía aproximarse algo grave para su vieja carne, atormentada por todas las lacerias de la vida.

Pero daba ya comienzo la *suerte de varas*. El caballo, á la par de sus compañeros, se sintió impulsado, por su jinete respectivo, hacia el centro de la plaza. Obedeció, como siempre, sin revelar cosa alguna; pero ¡cómo latían sus viejos hijares angustiados, bajo las piernas forradas del picador! El peso del cual doblaba el lomo del penco; sudaba éste y, sin ver nada, daba vueltas con torpeza, aproximábase al toro sin saberlo, dócil y estoico, fiel y sumiso al hombre, como lo había sido toda su vida.

De súbito, se detuvo á una señal del jinete. La plaza gritaba, azuzando al picador. El toro estaba cerca. El caballo sintió el aliento del animal enfurecido; pero no se movió. Le oyó después alejarse, atraído por alguna

capa. Pasaron unos segundos. Y casi en seguida volvió á escucharse el jadear del bruto; oyó el caballo aproximarse á éste, poderoso y terrible; el hombre que á él le montaba se inclinó un momento... Y, rápido como una centella, en su vientre escuálido penetró, desgarrándole las entrañas palpitantes, una masa afilada que le produjo un dolor supremo de desgarramiento y agonía.

Entonces, loco de dolor, intentó correr, huir, sin saber adónde. Abandonando á su jinete que había caído al suelo, huyó torpemente, con las tripas de fuera, en derredor de la gran plaza soleada. De su vientre abierto salía la sangre á chorros, junto con los intestinos, que arrastraban por la plaza. Una de las patas del animal se enredó con las tripas colgantes; siguió aquél la carrera, pisándose las entrañas. El público gritaba ensordeciéndole, y él, sin proferir una queja, cayó, por último, entre los restos ensangrentados de su estómago casi vacío.

... Cayó, pero vivo aún. Un dolor indecible, una agónica angustia le hizo agitar las patas convulsivamente. De su ojo derecho se deslizó la venda, en los movimientos de su cuerpo martirizado. Y entonces, antes de morir, vió, por un segundo y por comple-

to, la plaza envuelta en una apoteosis de sol.

En los palcos charlaban las señoritas, gentilmente enmantilladas, y los claveles de sus labios se abrían bajo la roja gloria de los claveles prendidos entre sus cabellos. Llenaban el aire vagos perfumes. Sobre la muchedumbre inquieta cerníase el ondular multicolor de mil abanicos abiertos.

El caballo, moribundo, convirtió los ojos, ya vidriosos, al cielo, que sonreía impasible cegándolo con su luz. No pensaba el bruto; tan sólo deseaba dejar de padecer. No acusaba á los hombres, á quienes había servido durante toda su existencia con paciencia equina, á quienes había dado su trabajo, su cuerpo, su vida toda, y que le pagaban con una muerte horrible. Como era una simple bestia, desprovista de todo juicio y sensatez, no juzgó ni pudo asombrarse de la monstruosa injusticia humana. Padecía físicamente, eso era todo; y anhelaba morir, nada más que morir.

El sol seguía alumbrando la plaza alegre y bullidora. La muchedumbre, olvidada ya de la suerte de varas, volvía ahora sus ojos al matador que estaba frente al toro, en una mano la espada, la muleta en la otra, en gallarda actitud...

Un puntillero se acercó entonces, indolente, al caballo milagrosamente vivo todavía. Los ojos de éste tuvieron un último destello de humilde gratitud.

—¡Iba á dejar de padecer! ¡No eran tan malos los hombres, bien mirado! —pareció pensar.

Después, obscureciósele todo; apoyó la cabeza contra la arena enrojecida por su sangre...

Y silenciosa, dulce, *cristianamente*, espiró.

MULTA PAX IN CELLA...

Se irguió el Hermano, pasándose los dedos, finos y ardorosos, por la pálida frente. Había estado durante más de cuatro horas sin alzar los ojos de la tierra, absorto en la oración. Su austeridad, admirable y obstinada, complacíase en estas santas mortificaciones. Sus rodillas eran dos llagas dolorosas; su cuerpo, extenuado, parecía pronto á evaporarse. Y, con todo eso, no podía el asceta arrojar de sí al Demonio, que, perverso y más obstinado aún que él, le atenaceaba sin cesar el espíritu con el tridente cortante del recuerdo...

Empezara á orar el Hermano casi á mediodía; ahora, al alzar él la vista, ya un crepúsculo tibio, voluptuoso, color de leche y rosa, iba invadiendo el mundo. Desde la celdita blanca y desnuda — blanca y desnuda

como la encarnación del tercer enemigo del alma—divisábase un paisaje sereno de verano. Las montañas, al frente, eran como senos de mujer, envueltos y blanqueados por níveas y leves gasas de nubes. El sol moría tras ellas. En uno de los muros del convento piaban algunas aves...

Mas en el pecho atormentado del joven candidato á la Santidad no penetraba la dulce paz de las cosas y los seres. La remembranza de la adorada ausente seguía mordiendo implacable, á despecho de los ayunos, de las asperezas, de las vigilias. La tristeza infinita de amar llenaba, como una onda más acerba que las ondas del Océano, el corazón del asceta. Y á sus labios, eternamente sellados por la castidad, subía en aquel atardecer divino un sabor maldito y culpable de furibundos besos.

Cuanto veía el eremita, cuanto escuchaba, cuantos perfumes campesinos respiraban sus pulmones cansados, todo era cómplice de Satanás. Cerró los ojos, decidido á vencer al Enemigo, y oró largamente, desesperadamente... Y tratando de hacerse sordo, insensible al mundo externo, no podía dejar de sentir su sangre correrle por las venas con prisa insólita, caliente y arrebatada como un

torrente de vida, engendrador de pecados... La plegaria moría en sus labios, seca é incolora, como flor de abominación.

Entonces, buscando amparo, tornó á abrir los ojos, los fijó en lo alto, último refugio de su alma...

Pero súbitamente se estremeció el Hermano, y volvió á inclinar hacia la tierra el cuello exangüe, empapado en un sudor de hielo. En las nubes que vagaban por el aire cálido de la tarde moribunda había creído ver, risueña y dulce, tendiéndole los brazos, la imagen de la ausente...

TERESA

—Aguarda, que te coloque bien los azahares. Así. ¡Qué linda estás ahora!

La novia, ya vestida, dispuesta para la ceremonia, blanca y erguida bajo su blanco velo, se ruborizó levemente y tendió sus labios á la hermana—sus labios, que parecían anticipar ya, trémulos de cariño y pudor, el primer beso del esposo—. En la coquetuela habitación, algunas amigas íntimas contemplaban á la desposada, sonrientes, con mirada entre enternecida y soñadora.

—Ya vienen por ti — agregó la hermana mayor.

Y se apartó de un modo tácito, insensible, se esfumó, por decirlo así, cuando la novia, palpitante y con los ojos bajos, salió del brazo del padre de ambas. Después salió á su vez, con las demás muchachas, todas más jóvenes

que ella, confundiéndose entre los concurrentes. Siempre, en todas las ocasiones, le acontecía lo mismo. Mientras eran necesarios sus servicios, estaba pronta, se la llamaba, se la buscaba, y ella acudía invariablemente.

—Teresa: ¿me ayudas á ponerme este ojal?

Como se perdiese algo en la casa, que hubiera dificultad en hallar:

—¿Dónde está Teresa? Ella lo encontrará, de seguro...

Y Teresa, en efecto, todo lo encontraba, á todo acudía. En los amores de sus hermanas, á las cuales había visto, una tras otra, salir del brazo de su padre para la iglesia, vestidas de blanco y coronadas de azahar, había sido la consoladora en las horas amargas, de rompimientos pasajeros, de celos, de riñas. En los ratos felices, sin intención, se la olvidaba. Y ella volvía á su obscuridad, siempre serena, sonriente, presta á acudir de nuevo á la menor indicación.

Nunca había sido bella, y no se la había conocido pretendiente alguno formal. Decía, riendo, cuando de noviazgos se trataba, que no había nacido ella para el matrimonio. Poco á poco, inconscientemente, fueron to—

dos aceptando de buena fe esta idea y la de que Teresa había sido exclusivamente destinada por la Naturaleza, desde su nacimiento, á ayuda y alivio de ajenos dolores y disgustos, y á sentarse junto á la ventana, olvidada y silenciosa, con su labor en las rodillas, cuando no hacían falta sus auxilios, materiales ó espirituales.

Y todos la querían, eso sí, á su manera. Tal vez, sin sospecharlo siquiera, la desdeñasen un poquito. Su aparente insensibilidad sexual irritaba en su contra á algunos jovenzuelos conocidos, que se burlaban sin piedad, á espaldas de la *vieille fille*, de su obstinada y forzosa soltería. Las muchachas sentían por ella una compasión indulgente...

Aquella noche no asistía ella á la boda: se quedaba al cuidado de la casa, hasta la vuelta de la comitiva. Luego que hubo salido el último invitado, volvió lentamente hacia el interior de la casa, dejando la puerta bajo la vigilancia del portero.

La sonrisa vaga que había prestado una pálida luz de crepúsculo á sus facciones prematuramente avejentadas, se iba esfumando según avanzaba la solterona en dirección de

sus habitaciones. Una expresión singular de insólita tristeza, que nadie había visto nunca sobre aquellas facciones, iba reemplazando la sonrisa paulatinamente, paulatinamente, como si cada paso de Teresa hiciese ascender á la faz de ésta, desde su corazón largo tiempo cerrado, una recóndita, ignorada onda de amargura infinita. A sus oídos tan sólo llegaba, amortiguado por la distancia, el rumor de la vajilla y de la conversación de los sirvientes, los cuales preparaban el *buffet* que debía ofrecerse, después de la boda, á los invitados.

Al llegar al dintel de su cuarto, se detuvo Teresa un instante. Miró en torno suyo disimuladamente: nadie había á la vista. Entró. En un ángulo yacía, blanco y frío como una tumba, su lecho de soltera. Medio sumidos en la sombra, los demás muebles apenas se distinguían. Un crucifijo de marfil colgaba á la cabecera de la cama.

Teresa se aproximó al lecho. Sus rodillas se doblaron, dijérase que por sí mismas, cual si estuviesen fatigadas de sostener el peso frágil del pobre cuerpo. Cruzó la hermana mayor las manos flacas, manos de abnegación, sobre el borde del cubrecama; encima de ellas reclinó la cabeza, en la que algunas

cintas argénteas comenzaban á albear. Así permaneció un buen rato, inmóvil, como insensible. Y de pronto, en el silencio de la habitación resonó, misterioso y ahogado, un sollozo de dolor inmenso, inexpresable, único y terrible, como un corazón sin esperanza.

De fuera seguía llegando el rumor confuso y alegre de los preparativos para el convite...

VISIÓN IMPORTUNA

CUENTO DE INVIERNO

Cae la nieve en la calle, lenta, nívea, evocadora de ensueños y nostalgias. Desde aquí, desde el salón caldeado por la estufa, se ven descender los copos; y el espectáculo es bello, un poco triste, como los árboles que en la plaza cercana tienden en la atmósfera sus brazos implorantes, con muda y vana imploración.

Se está bien aquí dentro, señora. El fuego es vivo y rojo; el terciopelo de las butacas está tibio y suave; charlamos de cosas agradables, evocamos recuerdos brumosos, admiramos la belleza artística de este crepúsculo invernal. Y nos parece el Invierno un hermoso anciano, todo blanco de nieve, que trae estufas encendidas para calentar los cuerpos, y veladas junto al hogar para abrigar las almas.

Y una pausa ha surgido entre nosotros. Al conjuro de una frase, evocadora casual de otras vidas, acaso de ignorados padecimientos, de martirios ocultos bajo el cándido manto que envuelve cada vez más las cosas, hemos sentido un malestar vago, indefinible; y hemos callado de común acuerdo. El silencio de fuera parece por un instante penetrar en el salón. La sonrisa de las estatuitas de Sèvres tienen ahora algo de melancolía irónica y extraña; la alegría del fuego que crepita ruidoso, dijérase que disuena en nuestros oídos por algunos segundos.

Y por huir de ese ruido, y por gozar á nuestro sabor del cuadro de invierno, nos asomamos distraídamente á la ventana, alzando un poco los *portiers* pesados y elegantes. Nieva sin cesar. Está la calle casi desierta. Sólo algún que otro transeúnte, arrebujado en su gabán, pasa de prisa, friolento y sin mirar á ningún lado. Un carruaje cerrado atraviesa, apagado su ruido por la alfombra blanca y mullida, que se espesa más cada vez. Un bulto obscuro adelanta á lo lejos...

Parece agitarse, tambalear; dijérase que va á caer... Pero no, ya prosigue, se acerca... Es una mujer, mal cubierta con ropas mal

cosidas y sucias. Lleva en brazos un niño pequeño... Y parece ebria... ó débil... porque vacila á cada paso. Esa mujer, mi querida señora, debe de ser la madre del niño; y no se supondría que está alegre, porque sus ojos, que ahora alza por casualidad, miran con mirada que os causa espanto... No os asustéis, será que no tiene casa ó que no ha comido su hijo. Ya se acerca á la portería. ¿Queréis que toque el timbre? Vuestro buen corazón se ha conmovido y deseáis ordenar que la socorran. Ya va el sirviente á llevarle vuestra limosna, vuestra compasiva y bondadosa limosna.

Os bendecirá, señora, y ya podréis dormir tranquila y noblemente satisfecha esta noche. La habéis socorrido, la habéis dado pan, dinero, y, lo que es mucho más, la habéis, gentil y bondadosamente, compadecido. Y si pudiera vuestra noble limosna ser eficaz, estaría completa vuestra hermosa obra. No es vuestra la culpa de que no lo sea. No es vuestra ni de nadie en particular: es de todos, señora. Y no podemos hacer nada, no hacemos nada casi con dar limosna. Sería preciso que lo diésemos todo y, aun así, no sería bastante. Porque esa mujer es una gota, una pequeñísima gota del grande océano de

la miseria humana; y nosotros, aun á nuestro pesar, no podemos secar el océano, ni extinguir la miseria...

En este momento, querida señora mía, mueren de frío muchos millares de hombres y mujeres en todo el ancho mundo; y algunos millares también nos calentamos en salones suntuosos, al amor del fuego amigo; y los últimos, á fuerza de no pensar en los primeros, les olvidamos y creemos sinceramente hacer una obra eficaz al socorrer á alguno que, por casualidad, hiere nuestra vista ó con la miseria de su aspecto lastima nuestro corazón sensible. Somos flacos de memoria... Pero tenemos una gran atenuante, una poderosa atenuante, una sola, y esa atenuante es nuestra irresponsabilidad individual, nuestra fatal impotencia para hacer, solos, nada duradero... No es de nadie la culpa, es de todos...

Pero veo que os ponéis triste, señora, y sentiría en el alma no ver en vuestro rostro aristocrático la sonrisa de la dicha... Volvamos juntos al fuego. Perdonadme: el invierno inspira á veces pensamientos obscuros, á pesar de la blancura deslumbrante de su manto. Volvamos al salón. Dejemos caer los *portiers* que nos ocultan la inclemencia de

afuera. Y á pesar de la melancolía impertinente y obstinada de las estatuitas de Sèvres y de la importuna aparición fugaz en la calle, ved cómo el piano abierto ríe con todos sus dientes, ebúrneos como los de una persona, y la lumbre crepita gozosa en la chimenea, invitando á la intimidad, á las soñaciones exquisitas y á los recuerdos dulces.

EVOCACIÓN

Fué bajo el cielo de Italia, pálido, puro y luminoso como un lienzo de Vinci. Domingo. La mañana era serena y alegre; en los jardines inmensos y suntuosos de la gran *villa* Pallaviccini, las flores exóticas exhalaban tenues suspiros perfumados, y los ruiseñores, temblando de inspiración en la espesura también palpitante, cantaban el *racconto* de sus penas y de sus amores.

Fué en aquella mañana cuando apareciste ante mis ojos, bella, obscura y turbadora como un símbolo y como un recuerdo. Recorríamos, curiosos de arte, la inmensa *villa* maravillosa; y al llegar á la gruta salvaje, donde los pies resbalan sobre el piso humedecido, y las manos buscan á tientas las paredes para orientarse en la penumbra súbita,

no soñé que había de hallarte, oculta y sola, en el fondo de sus revueltas intrincadas.

En medio de la gruta, el lago parecía dormido como en un sueño de centurias, inmóvil, mudo, petrificado como las estalactitas que le servían de cielo. Sobre sus espaldas negruzcas y movedizas, una barca con un cisne en la quilla, como la de Lohengrin, y un botero de rostro bermejo y ojos rapaces nos aguardaban.

La barca comenzó á bogar sin interrumpir el silencio temeroso del lago adormecido. Los remos, al caer, producían un ruido seco y triste. Encima de nosotros, y á un lado y otro, las estalactitas formaban extrañas figuras, monstruos, enormes cabezas de abiertas fauces, que ponían en el ánimo el terror del misterio y de la sombra.

No osábamos hablar los pasajeros apenas, sobrecogidos á nuestro pesar por la mudez inmensa de las cosas. Angulos llenos de húmedas tinieblas se abrían á cada minuto á los costados de la barca, terribles como las fauces pétreas de las paredes. Y de pronto, en uno de aquellos ángulos, te vi, ¡oh *Madonna!*, te vi por un instante sobre tu retablo solitario, casi esfumada, enigmática y fascinadora en tu mutismo eterno.

Mas, ¿te vi en realidad, ó fué tu sombra fugitiva lo que alcanzaron a distinguir mis ojos en la nebulosidad opaca de tu rincón abandonado? Lo ignoro; pero bien sabe mi pensamiento que no te olvidará, pobre *Madonna* triste. Sentí de repente irse mi alma hacia ti, como si por instinto obscuro y vago —como tu silueta esfumada en el ángulo estrecho que te servía de altar— hubiese comprendido el símbolo ignorado que eras para ella.

Prosiguió la barca, suave, lenta, silenciomente sobre las ondas taciturnas. Salió, por fin, á la luz deslumbrante de aquella mañana magnífica. El lago se ensanchaba fuera, en derredor de un templo de mármol, donde Diana se erguía, blanca y radiosa, rodeada de una guardia de tritones.

En los jardines de las riberas seguían las flores exóticas esparciendo sus suspiros cargados de perfumes; las currucas, ligeras y alegres, gorjeaban en las avenidas de esbeltas acacias. Una pagoda china, en una orilla, nos aguardaba para mostrarnos el tesoro oculto de sus riquezas orientales.

Mas yo no te olvidaba, *Madonna* triste. Mi mente había quedado teñida del encanto sombrío de tu memoria. Pensaba en ti, y en

la mañana pura y linda, bajo el cielo pálido te me aparecías de nuevo, bella, fascinadora y enigmática.

Y quedaste grabada en el fondo de mi espíritu como el recuerdo y el emblema de algún amor perdido y muerto para siempre, «como una Virgen en el fondo de una capilla en la cual se hubieran extinguido todos los cirios»...

BREVE COMEDIA DE VERANO

I

En esta playa elegante las olas, al chocar contra las rompientes, tienen como una gracia muelle, casi femenil, de lánguido abandono. Los veraneantes discurren á orillas del mar, en la paz de la tarde que agoniza; dijérase un gran salón de baile al aire libre la ribera templada. En los trajes claros de las muchachas hay la misma vaporosidad que en las nubes que allá al Poniente envuelven en gasas flotantes el horizonte; semeja el firmamento un enorme cielo raso, azul como las aguas.

Pasan en grupos los veraneantes, cambiando saludos, sonrisas. Cupido, invisible y malicioso, pasa también por el aire tibio, vaciando su carcaj. Canta el mar su canción

discretamente, como un mar galante y cortesano. El paseo se extiende, amplio y hermoso; á ambos lados, y al final, insinúan los focos eléctricos sus primeros parpadeos.

Una pareja, ligeramente apartada de un grupo de amigas y amigos, charla animadamente. Ella es morena, esbelta, y por sus ojos obscuros, bajo su sombrero de verano, cruzan relámpagos fugaces, al resplandor del sol que muere. Él es, poco más ó menos, como cualquier otro joven...

Charlan. En la voz de ambos, reprimida y violenta, palpitan el amor y la ira alternativamente.

El.—... De modo que, al marcharme mañana, no te volveré á ver más... Todo ha concluído...

Ella.—Todo. Después de lo que tú has hecho...

(Un nuevo relámpago, más rápido que un relámpago, cruza al través de los ojos obscuros, entornados. A la luz cada vez más dudosa del crepúsculo que avanza no se percibe bien si aquella efímera llama es de dolor, de odio, de ansiedad, de despecho ó de amor.)

El (con arrebato súbitamente contenido).—¿Yo? ¡yo! Y te atreves todavía á acu-

sarme... ¡Lo que yo he hecho! Mi única culpa, si alguna tuve, fué tal vez quererte demasiado (con un leve temblor en la voz). Te amé como un loco, como un idiota, como un niño... Y tú como á un niño me has tratado. Sí, me lo merezco. Pero tengo el derecho al menos, ya que quieres que todo concluya, tengo el derecho de exigirte que me expliques tus palabras. ¿Qué he hecho, cuál ha sido mi crimen, sino ése?

Ella. — ¿Para qué hablar? Bien lo sabes. No me has querido nunca...

El. — ¡No haberte yo querido! Di que no me quieres y concluyamos. Pero no manches tus labios, que todavía adoro, con una mentira... (Animándose.) Tú sí que no me has querido. ¿Para qué entonces escuchaste mis palabras? ¿Para qué me diste esperanzas? ¿Por qué me dijiste al cabo que eras mía? ¿Por qué hiciste que llegara al frenesí mi amor, por qué envenenaste mi alma, por qué te gozaste en ensombrecerla y en llenarla de hiel?

(Pausa.)

Yo soñé para ti, y contigo, todas las felicidades imaginables. Construí, con sangre de mi corazón y pedazos palpitantes de mí mismo, un mundo encantado, en que reina-

OBRAS A TRES PESETAS

Volúmenes sobre magnífico papel, en caracteres elzevirianos, tamaño 8.° francés:

El Tributo á París, por Luis Bello.
El Canto Errante, por Rubén Darío.
Don Quijote en los Alpes, por Alberto Insúa.
En tierra de Santos (Novela), por Alberto Insúa.
Deseada (Novela), por Waldo A. Insua.
La Sangre de Cristo (Novela), por J. López Pinillos.
La Sirena Negra (Novela), por Emilia Pardo Bazán.
Aromas de Leyenda, por Ramón del Valle-Inclán.
Desde mi butaca. Apuntes para una psicología de nuestros actores, por Eduardo Zamacois.

Biblioteca Económica Selecta.

Elegantes volúmenes en 8.° menor, á 1,50 pesetas.

Alma nueva, por Waldo A. Insua.
Guignol, por José Francés.
Cantos pasionales, por Alfonso Hernández Catá.
Las siestas del Cañaveral, por Federico García-Sanchiz.
Los grandes músicos, por José Subirá.
Remeros del dolor, por Miguel A. Ródenas.
Madrid sentimental, por Emiliano Ramírez-Angel.
Psicología de la moda femenina, por E. Gómez-Carrillo.

Del cercado ajeno. Versiones de grandes poetas extranjeros, por Enrique Díez-Canedo. Bella edición, en 8.° menor, 2 ptas.

El Herrador (Il Marescalco) del divino *Pietro Aretino*. Versión castellana de Joaquín López Barbadillo. Con un prólogo del mismo. Curiosa edición.

Los libros del hogar

Cómo se cría un niño, por el Dr. Toledo y Toledo.
En rústica, 2 ptas., encuadernado en tela, 2,50.

M. Pérez Villavicencio, editor.—Reina, 33, Madrid.



rías tú. Poco á poco lo construí, poco á poco y en cada sillar nuevo iba un pedazo de mi espíritu... Y tú lo has destruído todo. Sí, tengo al menos derecho á pedirte cuenta de tu delito. ¿Por qué has hecho esto?

Ella (vacilando).—No sé... no sé... la culpa no fué mía...

El.—No me desesperes, María. ¿De quién fué entonces?

Ella.—No sé... yo te he querido...

El (interrumpiéndola).—No, no me has querido nunca, nunca, ¿oyes? Si no me quieres ya, prefiero que no mientas, que no me digas que me has querido nunca. Así, por lo menos, me queda el último derecho: el derecho de aborrecerte...

Ella.—Pues bien: sí, nunca...

(Los ojos de él se nublan; por unos segundos es en ellos donde brilla, clara á pesar de la obscuridad que ya envuelve las cosas, una intensa llamarada de angustia y de crimen. Se oye una voz que parte del cercano grupo llamándoles:)

—Ya nos vamos.

En el grupo que avanza, se ven súbitamente confundidos los dos que dialogaban. La conversación se generaliza. Quedan ya pocos paseantes, que entran de vuelta en la

ciudad, rutilante y bulliciosa. Una campana toca á la oración; las notas graves del bronce se diluyen lentamente en la atmósfera, como el postrer gemido de un amor que muere.

II

La misma playa. Dos años después. Es de mañana. Corretean niños por la arena rubia. Vense, á lo lejos, brazos de nadadores que un instante surgen del agua tranquila, cabezas que se mueven sobre el azul del mar. Algunos jóvenes de ambos sexos conversan y ríen, como hace dos años. Los papás, algo apartados, como hace dos años, sin perderles de vista, conversan también. En el grupo de jóvenes los dos dialogantes del diálogo anterior se encuentran. Insensiblemente vanse apartando, también como dos años atrás...

Ella. — Hace tiempo que no le veía á usted.

El. — Sí; he estado en el extranjero el año pasado y el antepasado... Estaba todavía convaleciente de una enfermedad.

Ella (con malicia disimulada). — ...¿Cardíaca?

El. — Sí...

Ella. — Me encontrará usted cambiada... (con coquetería).

El. — Más linda tal vez. Por lo demás...

Ella (banal). — Usted está más grueso, más hombre...

El. — ¿Sí? La vida... He vivido bastante estos dos años. Pero no hablemos de mí: hablemos de algo más interesante: ¿y usted? ¿tendrá novio?

Ella. — ¿Yo? no. ¿Y usted? (ruborizándose ligeramente, casi arrepentida de su pregunta impremeditada).

El.—¿Yo? sí. ¿No la conoce usted aún? Casi todas las amigas de usted la conocen. Llegó ayer tarde en el exprèss, con su madre, la señora de H... Llegamos juntos. Pronto vendrán; tendré el placer de presentárselas á usted.

Ella. — No lo sabía... (Baja la cabeza imperceptiblemente, vuelve los ojos un momento, ocultándolos así de él, de los demás, del mundo entero.) Sea enhorabuena.

El. — Gracias.

Ella. — No hay de qué.

(Ligera.)

El. — ¿Se acuerda usted (sonriendo), se acuerda usted de mis impertinencias de hace dos años? Hace dos años ahora precisamente, creo...

Ella. — No recuerdo...

El. — Es raro, porque recordamos siempre, por desgracia, lo desagradable, y los dolores de cabeza que le proporcioné á usted debieron de serle pesadísimos, la verdad...

Ella. — La verdad, no recuerdo apenas...

El. — Más vale así. Así no me guardará usted rencor, ¿no es cierto?

Ella (casi sombría, á pesar de sus esfuerzos para sonreirse). — ¿Yo? De ninguna manera. Son cosas que pasan...

El. — Claro; cosas que pasan... Mire usted: allí viene mi novia con su madre.

Se acerca una señora con su hija, vestidas ambas con sobria elegancia. Todo el grupo se acerca á saludarlas; los papás, que ya tocaban retirada, se acercan asimismo. Saludos, besos, presentaciones.

El grupo, más numeroso por el nuevo contingente recibido, parte hacia la ciudad, hablador y risueño. Una campana repica en una iglesia cercana, esta vez llamando á misa. Y las notas joviales vuelan juguetonas por el aire matinal, como el *hosanna* y la anunciación de un amor nuevo.

. . . .

La commedia è finita...

DOS ENTIERROS

Estaba de fiesta la tarde cuando entramos en el cementerio. Sobre las reverendas cabelleras de los cipreses ponía el sol irónicas manchas rubias. Los angelitos del friso de un panteón parecían mirar las aves que pasaban volando, ganosos de agitar ellos también las suyas y sumergir sus cuerpecillos regordetes en la atmósfera tibia. El cielo mismo, infantilmente puro, se reía de nosotros, de nuestras chisteras fúnebres, de nuestra mal oculta indiferencia por el muerto, que apenas conocíamos, de nuestros rostros convencionales...

Avanzábamos, sin ver nada de aquello —pues estamos demasiado alejados de la Naturaleza para comprender una palabra de lo que ella nos dice—, avanzábamos al través

de las avenidas silenciosas, orladas de vanos palacios de mármol: *Vanity Fair*... Precedíanos el pobre difunto, dentro de su ataúd, muy estirado, como nosotros dentro de nuestros trajes de duelo, tranquilo, callado, con la vaga respetabilidad que da el haber entrado en lo desconocido.

Algunos de los asistentes al entierro nos separamos suavemente de la comitiva, en un recodo, con la intención de aguardar, vagando y curioseando por entre los sepulcros, el final del acto del enterramiento é incorporarnos al cortejo, al regreso de éste. Estábamos muy cerca de las tumbas pobres, donde duermen los humildes bajo una cruz de madera que á veces se balancea al viento como cabeceando ó cae al suelo y allí queda por meses, dormida sobre la tierra misericordiosa. Precisamente se celebraba en aquellos instantes otro entierro, á pocos pasos de nosotros. Era de un niño aquél, á juzgar por el tamaño de la caja, y presenciado tan sólo, aparte del sepulturero, por un hombre del pueblo, ni viejo ni joven, que contemplaba el acto, serio, mudo como un cadáver y, al parecer, impasible.

Nos acercamos. El sepulturero tomaba ya la cajita y la colocaba de prisa en el pequeño

hoyo. Luego la fué cubriendo con paletadas de tierra. Todos callábamos, sin saber bien por qué. En tanto, la tarde risueña se alejaba hacia los montes cercanos para desaparecer tras ellos, arrastrando su brial color de oro. Resonaban en el silencio perezoso los golpes secos de la tierra cayendo sobre la cajita.

... Y así, sin hablar, súbitamente soñadores, presenciamos aquel humilde, inesperado sepelio de un cuerpecito que apenas conociera la vida. No pensamos en descubrirnos ni en pronunciar inútiles palabras. Concluyó el entierro. El hombre que con nosotros lo presenciara, sin desplegar tampoco los labios apretados, se preparaba ya á marcharse.

Se me ocurrió mirarlo. Y, curioso:

—¿Es usted pariente suyo?—le pregunté, señalando hacia el lugar donde acababa de desaparecer el niño muerto, encerrado en su cajita blanca.

—Su padre; sí, señor.

Enmudecimos de nuevo ante aquel dolor hondo, sin gestos, sin convencionalismo. Después me atreví á interrogar otra vez:

—¿Qué edad tenía?

— Catorce meses.

—¿Y de qué murió?

Otro instante de silencio.

—*Mayormente de hambre.* La madre no tenía ya leche, de tan débil. Y comprar leche fresca cuesta mucho... había que aguarla... son muchos los chiquillos y yo sólo pa trabajar... Mayormente de hambre; sí, señor.

La noche se echaba encima. Acercábase, ya de vuelta, el entierro á que habíamos venido. Gorjeaba un pájaro sobre una cruz, y nosotros, sin explicarnos la causa. bajamos la vista, oprimidos por una vaga sensación de vergüenza...

—Cosas de la vida. Pues, con Dios, señores—dijo aún el hombre.

—Muy buenas tardes.

Nos alejamos asimismo nosotros, en dirección á la portada. Entramos en nuestros coches. La carretera se extendía á lo lejos, blanca en la penumbra invasora. Yo miré al través de la portezuela, buscando algo en la extensión del camino. Vi de lejos al padre del niño muerto, que avanzaba á pie, de vuelta también á la ciudad, encorvado, pesadamente, como si llevara sobre los hombros todo el peso de un mundo caduco é injusto que se viniese á tierra.

UN REBELDE

Cierta noche tornaba yo á mi casa. Apenas había ya gente en las calles sombrías. La luna, oculta entre negras telarañas de nubes, asomaba á ratos la faz amarilla, biliosa, y miraba á la tierra brevemente, enigmáticamente, con ojos gualda de hepático. Después volvía á ocultarse; y sobre el mundo silencioso reinaba una penumbra poblada de misterio.

Mi bastoncillo tropezó de pronto, al descuido, al borde de la acera, con un gato: un gato astroso y huraño que se cimbreó y clavó en mí sus ojos hostiles y metálicos, con expresión de odio.

Era un gato enfermo y ruin, enflaquecido por largos días de ayuno. La espina dorsal se marcaba tristemente sobre su lomo enhiesto; estaba cubierto de barro, y, acurru-

cado á orillas de la calle, solo y feroz, parecía aguardar la muerte, abandonado de los hombres y las cosas.

Aparté el bastón casi en seguida. Me detuve, sin saber por qué. Y nos miramos largamente el gato y yo, largamente en los ojos, entre las sombras. Y en su mirar salvaje había un rencor infinito hacia el hombre, que lo dejaba morir de hambre al extremo de un arroyo, ignominiosamente, sin un mendrugo, sin una mirada de misericordia.

¿De dónde venía aquel gato rebelde y miserable? ¿Qué vida había sido la suya? ¿Qué había hecho? ¿Acaso era culpable de algún crimen ignoto? ¿Acaso valía menos que sus semejantes que, egoístas y voluptuosos, rollizos y mimados, dormían á aquella hora en algún sillón muelle al calor de un cuarto lujoso?

¿Cuál era el delito horrendo de aquel gato perdido y condenado á muerte? Esto parecían preguntarme sus ojos febriles de hambriento, clavados en mí con dureza. Aquellos ojos habían visto muchas cosas, y se habían vuelto hoscos; y, endurecidos por la vida, nada era ya capaz de endulzar la amargura sombría de sus rayos.

Me incliné casi maquinalmente, para demostrarle que no debía temerme ni odiarme.

Pero retrocedió con un resoplido, sin apartar de mí su vista. Y hube de alzarme de nuevo. Busqué entonces algo que echarle, y no hallé cosa alguna. Las fachadas de los establecimientos estaban cerradas...

Entonces me alejé, impotente para socorrerle. La luna se había ocultado una vez más. Mis pasos resonaron con cadencia quejumbrosa sobre el asfalto de la acera. Sentí un vago remordimiento y me volví para ver por vez última el gato solitario.

Sus ojos, como dos brasas ardientes, me miraron aún, con mirada de enigma; y se me figuró que, en su desesperación, aquellos ojos de gato, brillando en la obscuridad, encerraban en sí todo el dolor, toda la protesta y toda la ira de los desheredados por la crueldad y la injusticia humanas...

DOS AMIGOS

Viejos los dos, los dos solos en el mundo, recorrían sin cesar las calles durante todo el día, el uno en lo alto de su pescante, el otro trotando trabajosamente entre las barras del carruaje.

Se querían, casi sin saberlo. Tantos años de trabajar juntos, de padecer juntos lluvias, malos tratos y miserias, habían acabado por unir en una amistad honda y silenciosa sus almas obscuras. Se entendían, sin necesidad de palabras.

Y ambos eran grandes filósofos, hombre y bestia. Su filosofía era, quizás, un poco pesimista — antes á causa del propio temperamento de uno y otro que, sin quererlo ellos mismos, les inclinaba invenciblemente á la tristeza, que por odio á la vida.

Ni la amaban ni la odiaban, esta vida que para ellos no había tenido muchas ni muy seductoras sonrisas. La aceptaban, y nada más; la aceptaban sin entusiasmo, pero sin protesta. No habían ellos conocido otra, y no concebían otra tampoco. El pesimismo de ambos era, pues, un pesimismo dulce, resignado, sin rebeliones: un pesimismo de vencidos. Todo el día y parte de la noche trabajaban para procurarse algo que comer y, ya entrada la segunda, un lugar donde reposar hasta el día siguiente, en que habían de comenzar de nuevo.

Y cuando, después de una jornada ruda, se tendían, el uno en su pesebre rodeado de detritus y de pajas secas, el otro en su tarima, *pensaban*, cada uno á su modo, estirando los miembros rendidos, que, á pesar de todo, la vida tiene también, á veces, sus compensaciones...

Ninguno de ellos sabía nada del mundo, sino lo que conociera en sus interminables peregrinaciones al través de la ciudad sin fin. Ignorantes ambos, ambos sin familia, su mutuo aislamiento y la igual obscuridad de sus espíritus los sostenía en una tranquilidad indiferente, de animales cansados. Miraban todo sin deseo y sin envidia, pensando que

todo estaba bien, aunque sin poder (por su temperamento de pesimistas, lo repito) sentir grande alegría.

No sentían, tampoco, gran tristeza. Cuando alguna dama elegante, envuelta en pieles suntuosas, entraba en el coche, no alteraba ya al cochero, impasible en el asiento del carruaje, el perfume turbador que se desprendía de aquellos hombros cubiertos de encaje. Si algún pasajero daba al auriga la dirección con mal humor ó impaciencia, no le extrañaba esto al último ni se le ocurría la más remota posibilidad de que pudiera ser de otra suerte. Y seguían caballo y conductor, estoicos, su camino, sin pensar en detenerse, cuando la lluvia implacable, ó el sol feroz, les cegaba los ojos ó les derretía los sesos en el cráneo.

Andaban, andaban sin descanso... Era su destino, y lo comprendían confusamente. Pero un día se rompió de una manera brusca, inesperada y cruel, la calma de sus días. Ocurrió una catástrofe que los separó para siempre.

Un automóvil venía, arrebatado, por detrás de ellos. Llevaba los nueve puntos, y el *chauffeur*, inhábil, no supo detenerlo. El golpe contra la caja del coche fué terrible.

Por fortuna, iba éste vacío; pero el cochero, que recibió de lleno, por la espalda, todo el tremendo empuje de la embestida, fué lanzado del pescante y á caer á varios metros de distancia. Le alzaron sin conocimiento. Tenía una herida en la cabeza que se causara con un adoquín al caer.

Mientras le llevaban á la Casa de Socorro, el caballo, espantado aún, pero ileso, fué desenganchado del coche y conducido de nuevo al establo.

El bueno del cuadrúpedo, sin poder comprender lo que había ocurrido, no volvía en sí de su sorpresa... Aquel día no trabajó más; ¡gran suceso! Pero ¿qué era de su amigo, á quien no volviera á ver? ¿Por qué no le traía su cubo de agua mantecosa y su puñado de avena, como todos los días? Algo ignoto, algo grave había acontecido...

Y, á pesar de su insólito descanso de algunas horas más, por primera vez no fué su sueño plácido y tranquilo aquella noche...

***

Amaneció: un día frío, sucio y tristón de invierno. El caballo despertó muy temprano, como siempre. La costumbre de que viniese

su *compañero* á buscarle para engancharlo al coche, le hacía ya despertarse invariablemente á la misma hora.

Y vinieron, en efecto, á buscarle. Pero ¡nueva sorpresa!: no era *su* cochero, no era su amigo: era otro, un nuevo amo, desconocido, quizás hostil, que le sacó del establo sin el menor miramiento y lo condujo á un coche también nuevo para él. ¡Decididamente, algo muy grave había pasado! ¡algo muy grave!

Cuando concluyó de engancharlo, habló un momento el nuevo auriga con otros hombres del establo. Parecían aguardar algo, charlar con animación. Compadecían á alguien... Pero el caballo no acertaba á comprender nada. ¡Si hubiese sido su amo, el otro, el que hablase! A él sí que le comprendía, aun sin hablar; pero los demás hombres eran un enigma indescifrable y temeroso.

«¿Habría muerto su amo?» *pensó*. Un *presentimiento*, una gran certidumbre llenó de tristeza inusitada su alma rudimentaria de bruto. Sí, había muerto, había muerto. Y él estaba solo, solo por completo en el mundo enorme, donde escasea la avena y abundan los latigazos...

De súbito, uua sensación desagradable sobre el lomo lo sacó de su melancólica medi-

tación. El nuevo cochero, subiéndose al pescante en tanto que él soñaba, lo había vuelto á la realidad probándole del modo más práctico posible la verdad de su sueño...

Se estremeció violentamente. Por un segundo tuvo, de un modo vago, la abominable intención de encabritarse. Pero en seguida rechazó esa idea malvada.

—Es la vida... sigamos trabajando...

Se ajustó bien entre las barras nuevas, que extrañaba un poco. Alzó la cabeza, que en su sordo pesar inclinara. Y obediente á la indicación de su nuevo conductor, resignado otra vez, olvidado ya de todo, sin esperanzas y sin recuerdos, partió al trote largo.

FANTASIA INVERNAL

Aquella mañana de Febrero el Bosque se hallaba casi desprovisto de paseantes. Había lloviznado la noche anterior, y las avenidas de jinetes mostraban aún el barro que formara su polvo obscuro, unido á las lágrimas de las nubes grises.

El cielo seguía nublado, triste, como si sintiese deseos de estallar en llanto nuevamente. Los árboles entumecidos de frío, pelados, negros, enseñaban sus osamentas, secadas por la impiedad hiemal. Una desolación taciturna pesaba sobre todas las cosas.

Yo paseaba distraídamente, temblando dentro de mi gabán, y sentía invadirme sutil y poderosa la vaga *saudade* de aquella mañana de bruma y tristeza. ¡Cómo sentía la nostalgia del sol y de las risas infantiles cayendo, como un puñado de perlas blancas,

en la atmósfera suave de un día de Mayo! Anhelantes buscaban mis ojos y mi oído un rayo de luz que aclarase el ambiente, un gorjeo que despertara el aire adormecido, una hoja al menos que restase como superviviente del grande incendio que parecía haber chupado la savia toda del inmenso bosque...

Y fué entonces cuando, de pronto, hirió mis oídos una voz de cristal ó de oro.

Fué como un relámpago, de puro rápido y deslumbrador. Cesó casi en seguida. ¡Un trino! ¿Habría sido un trino? ¿Quién cantaba, pues? ¿Quién era el artista heroico que había venido á aquel erial helado, muerto, á hacer el milagro de resucitarlo con su arte?

Alcé la vista... En uno de los troncos más pelados, más *duros*, sobre una de sus protuberancias, semejante á un cráneo cubierto del barro de muchos siglos, estaba una alondra. La inspiración la había, evidentemente, asaltado de improviso, tal vez mientras atravesaba el bosque, excitada puede ser que por la misma mudez de desesperación de éste, ó por el súbito designio de alcanzar la gran victoria: la de comunicarle el sublime fuego que palpitaba en sus entrañas, infundirle la vida de arte que ardía en su alma de ave y

hacerlo vivir de esa vida, siquiera fuese un solo minuto y á cambio de la suya.

Se percibía de modo bien claro la inspiración que la agitaba, en el brillo de sus ojuelos y el estremecimiento tenue de sus alitas. Sí, ella daría vida al bosque: todo el amor, toda la esperanza y toda la potencia de su voz obrarían el milagro...

***

Y, bajo la gran desolación del cielo y en medio de la taciturnidad de los árboles mustios, comenzó á cantar su gran canto de amor y de vida. Su pecho se hinchaba en el esfuerzo mortal de la creación; y en su garganta armoniosa parecía haberse refugiado todo el esplendor y toda la alegría de la Primavera.

... Poco á poco, en ondas calientes é invisibles, su canto triunfal se fué extendiendo por el aire tranquilo del bosque. Con el canto venía también á las ramas torcidas, á los troncos negros, un soplo maravilloso de salud y de fuerza... La atmósfera misma parecía electrizarse, palpitar por momentos, con las palpitaciones del gran poeta, pade-

cer, y anhelar y gozar con el orgasmo supremo de la artista.

Y hubiérase dicho que el cielo se aclaraba y sonreía. Cual si hubiera surgido de repente Abril, lleno de risas y cargado de flores, las ramas ateridas se llenaban fantásticamente de hojas verdes y húmedas, como sopladas por el aliento perfumado del mes galán y ardiente.

Fué aquello una gran epopeya que yo sólo vi, y que no olvidaré jamás. Era la creación, el parto doloroso y divino del que da su sangre, sus nervios, su existencia á la obra de su alma y muere ó desfallece luego... La alondra vibraba como un arco tenso, toda ella vibraba de pico á cola, y vibraba también, al conjuro mágico de su voz, el Orbe todo. Era Pigmaleón animando á Galatea con su beso sobrehumano. Y por momentos las notas se hacían más profundas, ó más desgarradoras ó más tiernas; y la lira viviente, de pie sobre el árbol, en medio del bosque resucitado, resonaba con la palpitación afanosa de todas sus cuerdas tendidas...

Sí, yo vi la epopeya increíble, yo asistí á ella y no lo olvidaré jamás. Yo vi por algunos segundos surgir la Primavera sonriente, con todas sus flores y todos sus estremeci-

mientos. Yo vi al anciano Invierno caduco recoger sus ropajes grises y huir avergonzado en pleno Febrero, ante el encanto de juventud que el Arte hacía nacer en sus dominios. Y cuando, fulminado por el poder de su propia inspiración, el teurgo alado, la autora de la transfiguración milagrosa inclinó la cabecita palpitante, quemada por el fuego demasiado devorador que henchía su pecho frágil de melodías celestes, un velo aún más espeso y sombrío de niebla me pareció que caía sobre el bosque.

¡Había muerto el ave, la evocadora, el Poeta! Primavera se esfumó de súbito. Bajo el cielo volvieron las nubes á fruncir el ceño, entre enojadas y afligidas. Los troncos de los árboles se me antojaron más desnudos, las ramas más desnudas. El aire se había dormido nuevamente, y todo aparecía envuelto en el duelo de la pérdida irreparable de la cantatriz sagrada... Había muerto el Arte.

Me alejé triste, llena mi frente de pensamientos ante aquel símbolo melancólico... Mas cuando estuve lejos, bajo cubierto, volvíme para ver una vez más el hermoso bosque abandonado.

...En aquel mismo instante, como si no pudieran resistir á su pesar y su abandono,

las nubes se deshicieron de nuevo en llanto. Vi retorcerse los árboles silbando. El viento gimió sombríamente...

Y me pareció por un momento, en la alucinación de mi pesadumbre, que la Naturaleza toda, viuda y solitaria, estallaba en sollozos...

UN CERDO...

Yo vi cierta vez un cerdo patético que me impresionó profundamente. Fué en París, en la feria anual de Neuilly. Un amigo, que posee la fortuna extraordinaria de ser dueño de un automóvil (una de las bienaventuranzas de nuestra época, tan justamente orgullosa de su avasallador progreso material), me invitó una noche á ir con él á la feria en su vehículo. No tenía yo nada que hacer aquella noche. Acepté, por supuesto.

Y puedo, en verdad, afirmar que es un estudio interesante un viaje en automóvil. Si bien hace ya algunos años que esos símbolos de nuestra civilización pasean su vientre de burgueses y sus antiestéticas caderas por las calles de todas las ciudades algo importantes del mundo, aún llaman la atención á ratos y despiertan la curiosidad.

No pocos de los transeúntes se vuelven todavía para mirarlos cuando pasan; y esas miradas múltiples y varias son como estrofas de un gran poema, páginas que, puestas juntas, acaso pudieran formar el libro de la vida contemporánea, de sus apetitos, de sus aborrecimientos, de su malestar, de su malhumor inquieto y triste y de su desnivel espantoso.

Y es que el automóvil constituye la representación ambulante y particularmente provocativa — hasta por su fealdad... — del Tirano temido y adorado que hace gemir bajo su yugo áureo el pecho de la mayoría de nosotros: el Dinero, el Duro Todopoderoso, *the Almighty Dollar*... Es antipático é imponente por eso el automóvil; deseable y repulsivo. En su ancho vientre se desearía estar y se teme subir. Es casi humano, con su figura casi elocuente. Es un gran símbolo.

Pero iba á hablar, si no me equivoco, de la feria de Neuilly, y de *algo* que vi en ella. Mi vanidad y la pueril satisfacción de haber andado en automóvil me impidieron hacerlo sin tardanza ni digresiones inútiles, como se debe. Pero á ello me encamino, aunque con toda la calma propia de los dioses del Olimpo, y del buen rucio de Sancho Panza.

Llegamos, pues, á la feria. Ya sabe usted, lector, lo que es una feria. La de Neuilly es como todas: un poco más de arte y elegancia quizá, porque ese pueblo francés, *el más material del mundo*, según Taine, es también, y probablemente *por lo mismo*, el más artista. Todo en París parece más bello que en el resto del orbe: desde la *brasserie* de moda, donde arde la agitación de la vida nocturna, hasta la última piedra del bulevar; desde la Opera hasta el *Jardín de Invierno;* desde el andar de una parroquiana de *Chez Maxim's* hasta el ramo de flores de tres sueldos que coloca en su ventana estrecha la pobre *midinette* al volver á su casa por la tarde...

Pero, aparte de ese sello indefinible, aunque claramente perceptible, de belleza y gracia que pone el alma francesa hasta en las cosas más vulgares, la feria de Neuilly es como las demás: artificialmente bulliciosa, artificialmente alegre, pintarrajeada, divertida y triste á un tiempo.

Habíamos llegado, pasando al través de la doble y amplia fila de árboles de los Campos Elíseos y de la Avenida del Bosque, bajo el cielo estrellado de Junio. El automóvil comenzó á andar al paso, entre los innúmeros

peatones y los carruajes que por la calle de la feria circulaban.

Y había en las barracas de ambos lados muchas cosas grotescas y dolorosas. Había pobres hombres, vestidos de legionarios de Roma, que mostraban sus músculos como reclamo, anunciando una lucha en el interior; bailarinas feas, y algunas cuasi venerables, que, al son de un bombo, anunciaba su empresario como maravillosas bayaderas. Una mujer de pie, con aspecto espantado, era públicamente hipnotizada por un doctor de feria, ante una multitud atenta. La música de los *carrousels* se unía en el aire tibio á los gritos de los anunciadores de espectáculos y á los disparos secos de las barracas de tiro. Un hombre y una mujer hacían de estatuas en una tienda: la gente se detenía ante su inmovilidad blanca. Entretanto, por medio de la vía, impasibles, hombres-anuncios sostenían el cartel llamativo y banal de los teatros de verano.

Había, lo repito, esas y otras muchas cosas dolorosas y grotescas. Pero ninguno de aquellos pobres seres que luchaban heroicamente por el pan entre el gozo ficticio de la feria y la curiosidad sin entrañas de la gente, me impresionó tanto como un cerdo...

Me detengo, con pena. «El lector querrá que se le respete», como dice el venerable abuelo Hugo al repetir, en *Los Miserables*, la sublime y poco limpia frase de Cambronne. Yo pido á usted perdón, lector, y trataré de ser lo más pulido posible.

Figúrese usted que entre todas aquellas barracas había una, ante la cual nadie se detenía. ¡Imagínese usted cómo estaría su dueño! De nada le valía agotarse anunciando poseer las siete maravillas del mundo: ¡nada! Ronco, sudoroso, se le ocurrió entonces un arbitrio para llamar la atención. Acordóse de que tenía un cerdo él, ó uno de sus vecinos. Fué en su busca, decidido á tratar de atraer á la gente por cualquier medio.

Y le vimos aparecer, al pasar nosotros, todo quebrantado de fatiga, desesperado, sin hablar ya, sosteniendo entre sus brazos al puerco, trabajosamente.

Era éste un cochino pelado, rapado, casi rojo. Debatíase protestando con rabia grotesca, con gruñidos en que palpitaba la nostalgia del chiquero y una impotente furia. Y el público, divertido, comenzó, por fin, á aglomerarse.

Los gruñidos subían de punto, y el cerdo agitaba las patas en el aire presentando el

ridículo vientre á la risa de los transeúntes. Sus orejas se agitaban furiosas; y de sus ojillos estúpidos parecía surgir una especie de imploración asombrada...

Seguramente el dueño de la barraca le mortificaba con disimulo, para atraer más gente con sus chillidos destemplados. Quizá también vengaba en el grotesco animal su rabia de no haber ganado nada aquella noche... Los gritos, en efecto, no cesaron hasta que no hubieron entrado en la barraca algunas personas, ganadas por la original treta.

El cerdo descansó entonces, todavía con gruñidos de enojo acongojado, respirando fatigosamente. Nadie le compadecía. Nadie le comprendía. Y él no comprendía nada tampoco, ni á nadie. Miraba á los hombres reir, sin que nadie pensara en apiadarse de él. En su rudimentario cerebro, mientras la multitud se dispersaba, consumábase tal vez una revolución muda. Y la expresión de asombro implorativo de sus ojuelos dijérase que se trocaba lentamente en otra más profunda y misteriosa.

Vi alejarse en tanto á los últimos curiosos, y perderse entre la muchedumbre, jugueteándoles en los labios un resto de risa. Y no

sé por qué se me incrustó en la memoria el recuerdo de aquel cuerpo rapado y rojo que acababa de ver, de aquella risible congoja, de aquel espasmo de dolor supremamente bufo...

FIN DE NOVELA

... Allí mismo, en pleno café, sin rodeos, con inconsciencia feroz, se lo descubrió todo. Bien poco, por lo demás: que ella quería á otro hombre. ¿Queréis cosa más sencilla ni que se vea más á menudo? Pues para él fué como si aquella mano amiga que con indiferencia aterradora seguía moviendo, y con glacial lentitud, el azúcar en el fondo del vaso, acabase de asestarle en mitad del cráneo un golpe tremendo, bárbaro, mortal.

Quiso hablar, y no pudo; miró á su verdugo con mirada estúpida, imbécil; quedósele mirando como quien ve visiones espantables. El corazón se le había detenido por espacio de una millonésima fracción de segundo. Luego volvió á echar á andar como siempre. De haber tardado en hacerlo algunos segundos más, allí pararan definitivamente todos

los afanes de su dueño. Pensó el último esto, sin dejar de observar á su acompañante, el cual apuraba, inconscientemente, su vaso en aquel momento. Llegaba al cerebro del enamorado, como un ruido lejano y exótico, el rumor de las conversaciones de los parroquianos. No pensaba aquél ya en nada; no sentía nada. Seguía observando á su compañero; notó con minuciosidad los diversos cambiantes que producía, al alzar éste la mano para llevar el vaso á la boca, la sortija de su dedo meñique herida por los rayos de la luz eléctrica... Y la faz impasible del observador no expresaba sentimiento alguno.

. . . .

Media hora después tornaba á su casa por las desiertas calles, jugando, sin darse cuenta de lo que hacía, con el bastón. Apenas tenía conciencia de hacia dónde se encaminaba.

—¡Soy casi un cadáver viviente! — pensó de súbito.

Pero aquel pensamiento no le produjo ningún otro pensamiento ulterior. Su alma parecía aletargada, como la calle silenciosa. Tropezó con un cajón de inmundicias puesto á la puerta de una casa; trató de apartarlo con el pie, pero el cajón no se movía.

—Otro puede tropezar también: apartémoslo.

Colocóse el bastón bajo el brazo, y se inclinó para apartar el obstáculo. Con esfuerzo lo alzó, dejándolo caer algo más hacia fuera: el golpe que produjo la madera repercutió en la atmósfera tranquila.

—No está bien todavía. Otro poco...

Y se inclinó de nuevo. La calle obscura y triste parecía aguardar el nuevo golpe, conteniendo la respiración. La luna, asomándose por detrás de una casa cercana, púsose á observar la extraña escena, absorta y como sorprendida...

INDICE

DEL AUTOR

EN PREPARACION

LO MAS TRISTE (Novela).
LA PATRIA FUTURA (Novela).

